

Colección



Sudaquia

Intriga en el Car Wash

Salvador Fleján

Sudaquia

INTRIGA EN EL CAR WASH

SALVADOR FLEJÁN



Colección



Sudaquia

Intriga en el Car Wash

Salvador Fleján

Sudaquia Editores.
New York, NY.

INTRIGA EN EL CAR WASH BY SALVADOR FLEJAN

Copyright © 2014 by Salvador Flejan All rights reserved
Intriga en el Car Wash

Published by Sudaquia Editores
Cover and book design by Jean Pierre Felce
Cover image by Maria Angeles Octavio
Author photo by Vasco Szinetar

First Edition by Random House Mondadori
2006

First Edition Sudaquia Editores: April 2014
Sudaquia Editores Copyright © 2014
All rights reserved.

Printed in the United States of America

eISBN-13 978-1-938978-73-9

ISBN-10 1938978455

ISBN-13 978-1-938978-45-6

10 987654321

Sudaquia Group LLC
New York, NY

For information or any inquires: central@sudaquia.net

www.sudaquia.net

The Sudaquia Editores logo is a registered trademark of Sudaquia Group, LLC

This book contains material protected under International and Federal Copyright Laws and Treaties. Any unauthorised reprint or use of this material is prohibited. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system without express written permission from the author / publisher. Tire only exception is by a reviewer, who may

quote short excerpts in a review.

This book is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents either are products of the author's imagination or are used fictitiously. Any resemblance to actual persons, living or dead, events, or locales is entirely coincidental.

INTRIGA EN EL CAR WASH

Salvador Fleján usa elementos de la idiosincrasia venezolana como punto de inicio para los seis cuentos que componen *Intriga en el car wash*. El béisbol, los concursos de belleza, lo salseros o las carreras de caballos, buscan atrapar al lector en una atmósfera de complicidad mientras presenta una visión holística sobre qué es ser venezolano. Valiéndose de un lenguaje narrativo simple y eficiente, y recreando con gran detalle las historias, los personajes, los diálogos y las descripciones de cada escenas, el autor ofrece la posibilidad de una lectura amena y divertida, mientras se descubre el mensaje que este libro atesora en sus entrañas.

* * *

“Digámoslo de una vez: *Intriga en el car wash* es un gran libro. Su autor, Salvador Fleján, es un autor que promete grandes obras en el futuro; es riguroso, sabe armar tramas complejas y desenredarlas ante nuestros ojos con esa naturalidad que da el verdadero talento. Por si fuera poco, es un escritor que sabe cuánto pesa la lectura en su oficio.”

—Roberto Echeto

Salvador Fleján (Venezuela, 1966), es escritor y licenciado en Letras por la UCV. Como narrador ha obtenido el primer premio en el IV Concurso Nacional de Cuentos SACVEN, mención de honor en la Bienal de Literatura Colombo-Venezolana, primer premio en el Concurso “Sexo para leer” de la revista *Urbe Bikini* y finalista en el X Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana, entre otros reconocimientos. Sus cuentos han sido incluidos en antologías nacionales e internacionales. Entre sus obras se destacan los libros de relatos *Intriga en el Car Wash*, publicado originalmente en 2006 por Random House-Mondadori, y *Miniaturas salvajes* (2012).

Este libro está dedicado a mi padre

ALBÓNDIGA EN SALSA

No fue fácil, no te lo voy a negar: cuando Oscar salió de la orquesta los muchachos y yo nos quedamos en el aire. Éramos casi una familia. Una familia, con sus problemas de siempre, pero ¿qué familia no los tiene?

El caso fue que aquello nos pegó durísimo. Por supuesto que en parte se debió a los compromisos que ya teníamos firmados, pero también estaba la amistad; un asunto que para mí siempre ha sido sagrado y que también me ha traído muchísimos problemas.

Recuerdo aquellos primeros toques en La Distinción (una cervecería que ya no existe), los ensayos en el apartamento de Culebra en La Guaira, el primer disco del año 72 —un disparate del que es mejor no acordarse y que se salva por *Pensando en ti*—, en fin, todas esas cosas que ayudaron a unir al grupo. Pero, qué se le iba a hacer, había que salir adelante, ¿cierto?

El problema con Oscar, si lo miras con detalle, fue más bien vulgar, pero en aquel momento teníamos otra visión. No sé si recuerdas la cerveza Zulia. La agencia de publicidad que llevaba esa cuenta quería aprovechar el filón de la orquesta. Teníamos pegado *Porque me gusta* y el tema les venía como anillo al dedo. Hablaron con Oscar pero no lo hicieron con nosotros. Eso nos molestó un poco. Oscar, en un principio, había prometido repartir entre los muchachos parte de las regalías de la cuña. Yo, particularmente, no aspiraba a nada. Cuando salió el comercial, a mediados del 76, pasaban los días y no sabíamos nada ni del hombre ni del dinero. Era evidente que se estaba haciendo el loco. Entonces nos reunimos a ver qué decisión tomábamos. En el fondo yo sabía que aquello de “tomar una decisión” pasaba por echar a Oscar de la orquesta.

También equivalía al suicidio.

Nada sacamos en claro de aquella reunión. Por otra parte, y para echarle más leña al fuego, Oscar había fallado a dos ensayos y todos andábamos con los nervios de punta. No recuerdo si fue Joseíto o Rojita quien propuso “expulsarlo”; como si aquello fuera un colegio o un partido de fútbol. Apenas escuché esa palabra sentí que algo estaba a punto de quebrarse irremediablemente.

Lo que pasó después lo recuerdo si no como una pesadilla sí como esas evocaciones que suelen tener los que han sufrido un accidente de tránsito. De Oscar sólo supimos dos meses después por intermedio de una carta que nos mandó un abogado. Aquello sí que me pareció excesivo y me llenó de rabia. Se habían invertido los papeles: ahora era él quien reclamaba lo suyo. La verdad es que yo me deprimí muchísimo. Me sentía herido y decepcionado. Los muchachos, que en un primer momento se lo tomaron a chiste, no tardaron en comprender que el asunto iba en serio. Fue un terremoto, qué quieres que te diga. Acababa de salir al mercado no sólo nuestro mejor disco sino el mejor disco de salsa que se ha hecho en este país. Tú lo debes recordar. ¡Quién no lo recuerda! Un señor disco. Y eso que en nuestro anterior elepé

estaba Llorarás, un himno. Pero éste era mejor, sin duda. Por otra parte, en ese disco Oscar se empeñó en grabar una composición de él. Un tema que en un principio metimos de relleno, a última hora, y que a la larga resultaría profético. Parecía que el hombre ya se estaba despidiendo cuando me mostró por primera vez la letra de *Sigue tu camino*.

En la contraportada de ese disco creo que está una de las últimas fotografías que le hicieron al grupo original. Era de noche, y si no me equivoco, fue en una Feria del Sol en Mérida. Estamos en la tarima, ninguno tiene más de treinta años y le sonreímos al futuro que se nos abría como una flor. Yo apenas me veo, algunas sombras me tapan.

¿Qué vino después?

Con Andy tuvimos un respiro que nos volvió a meter en la pelea. Pero antes sí que no las vimos negras. La disquera tenía guardado un material que habíamos hecho a principios del 76 y en donde, como era lógico, Oscar interpretaba casi todos los temas. Se empeñaron en sacarlo a la calle. El disco no estaba mal, ya con *Divina niña* y *Don Casimiro* el disco pagaba su valor. Lo único estúpido era el nombre de la producción: “En Nueva York”. Ese disco lo hicimos en un estudio en la Alta Florida. Sin embargo, ese trabajo se vendió de maravilla. Sólo un inconveniente nos trajo: la gente en los shows no lograba entender por qué *Llorarás* (y los otros temas, claro), en vez de cantarlos Oscar, los cantaba el “Gordito”. El “Gordito” era Argenis, el reemplazo de emergencia que metimos para tapar el hueco dejado por Oscar. Yo creo que Argenis se comportó a la altura, demostró el artista que es. Pero el público en ocasiones suele ser cruel. Le decían cosas en los conciertos que a cualquiera hubiera desmoralizado. Con todo, Argenis se mantuvo firme. Asumió el reto con profesionalismo. Aunque, era consciente de que reemplazar a Oscar no iba a ser tarea fácil. Apenas pudo grabar un solo disco con la orquesta. Un disco de transición que sin embargo dejó un tema para la historia. Un tema que —y esto es lo más irónico—, años después salvaría mi vida.

Andy se marchó en su mejor momento. Él nos prolongó la vida y le dio un brillo internacional a la orquesta. Ya éramos casi una leyenda y él pensó que ya había cumplido su ciclo con nosotros.

Yo tenía otra opinión.

La realidad era que estábamos estancados y él se dio cuenta. La industria no pasaba por su mejor momento, y exceptuando lo que estaban haciendo Willy y Rubén, todo lo que se escuchaba era más de lo mismo. Aparte el merengue venía con fuerza.

Entonces vino la bajada.

Ya no recuerdo cuántos vocalistas vinieron después. Muchos. Tantos que ya la gente ni los recuerda, y el público (eso lo sabe todo el mundo) nunca se equivoca. Del grupo original apenas quedábamos unos cuantos. Hasta el sonido que nos caracterizaba, y que tanto esfuerzo me costó ensamblar, se fue perdiendo. Nos habíamos convertido en un eco desafinado de lo que una vez fuimos. Pero la cosa venía de más atrás: la energía o la magia (eso lo supe desde un principio) nos había abandonado desde el mismo instante en que Oscar se fue.

Nuestra última presentación, lo recuerdo, fue en México, allá por el año 84. Un concierto más bien triste y desabrido. No sabíamos ni siquiera que iba a ser el último. Después vinieron las peleas, las envidias y los rencores. Todos se sentían dueños de la orquesta —pero cuál orquesta, por Dios— y querían llevarse aunque fuera un ladrillito del edificio en ruinas. Yo no aguanté más aquello y me fui. Creo que aún siguen peleándose lo único que quedó de valor del grupo: el nombre.

Mucha gente me buscó al saber que yo ya no seguía con la orquesta. Trabajo no me faltó, de

hecho creo que tuve en exceso. Estuve en Nueva York haciéndole los arreglos al primer elepé de Willy como solista. Estuve en Puerto Rico asesorando a varias orquestas. Estuve en República Dominicana: el merengue era ya una realidad. Hice de todo. Creo que hasta con Popy, el payaso, trabajé metiéndole mano a algunos de sus discos pedagógicos. En fin, por dinero no me quejaba. Pero yo sentía que me faltaba algo. Sentía, por otra parte, que si seguía así me iba a volver loco. Necesitaba un cambio. ¿De qué tipo? En verdad, no lo sabía. Sin embargo, algo me decía que ese cambio no tardaría en llegar.

Y así pasó el tiempo.

Una noche, en un festival de salsa en el *Astrodome* de Houston, me presentaron a Jairo. No recuerdo si fue Ralfi Mercado o Papo Lucca, uno de los dos, de eso estoy seguro. El hecho es que de inmediato nos hicimos amigos. Jairo era de Cali. También dueño y director musical de una de las orquestas más prometedoras de Colombia. Me dijo que había venido expresamente a Texas a hablar conmigo. Me explicó que hacía poco se le había marchado el arreglista de su orquesta, un tal Lozano, y que me había escogido a mí para suplantarlo. En ese momento pensé que aquel hombre me había caído del cielo. Era más o menos lo que había estado esperando. El cambio que necesitaba. Así que no lo pensé dos veces y le dije que sí, que con gusto, que podía contar conmigo.

En Colombia había estado unas cuantas veces, aunque si te soy franco, era bien poco lo que conocía de ese país. Pero la gente de Cali es muy parecida a la de Venezuela y eso me hizo sentir como en casa. Recuerdo que llegué un 17 de enero. Cali es una ciudad grande, bonita y peligrosa. Peligrosa en todos los sentidos: una ciudad que tenga un restaurante llamado “El Palacio del Colesterol”, no es cosa de juegos. Pero yo me crié en Sarría y el colesterol siempre ha sido un invitado de honor en mis análisis de laboratorio.

Jairo me había conseguido un apartamentico en una buena zona de la ciudad, sin muchos lujos pero cómodo. Sin embargo, yo no me sentía feliz ahí. Me hacía falta el barrio, como quien dice. Yo me dije: “bueno, Albóndiga, si tu no vas al barrio, entonces que el barrio venga a ti”. Y así fue como poco a poco me fui haciendo amigo de gente, sobre todo músicos, que vivían en San Marino, Petecuy, Alfonso López, sitios que a cualquiera le hubieran parado los pelos de punta, pero que a mí me recordaban los sitios donde crecí y en donde probablemente moriré. Con estos nuevos amigos sí que me sentía a gusto. Era gente talentosa a la que nadie nunca había dado una oportunidad. Tal vez por ello fue que no pude negarme cuando me pidieron un favor. No era nada del otro mundo (o eso pensé entonces) lo que me pedían: habían armado un “vente tú”, un combito, un poco silvestre, pero que sonaba bastante bien. Tenían un talento musical que se perdía de vista y eso, también, puede que me haya impulsado a ayudarlos. Me explicaron que en tres semanas tendrían un toque en una hacienda por Medellín y que estaban necesitados de repertorio, arreglos y, sobre todo, dirección musical. Por bromear les pregunté si no necesitaban algo más y fue entonces que me pidieron que los acompañara con mi trombón.

Por esas fechas mi trabajo con la orquesta de Jairo había estado un poco descansado. Recién habíamos terminado de grabar algunos temas para el próximo elepé —en realidad eran viejos éxitos a los que yo le metí mi “veneno”: los puse en clave y les cambié los mambos—. Mientras los mezclaban en Nueva York, Jairo nos dio unas semanas libres para nuestros asuntos. Así que aproveché aquel *breack* y me puse a trabajar en serio con los muchachos.

Lo que sí me intrigaba un poco eran ciertos detalles de aquel compromiso misterioso. En uno de los ensayos traté de indagar un poco al respecto pero fue poco lo que obtuve. De un

“cumpleaños”, según el conguero, pasó a “bautizo” en la versión del pianista. Otras informaciones eran vagas: la dirección de la hacienda, la persona que los contrató y un largo etcétera que, ahora que lo pienso, me llevan a la conclusión de que siempre he sido un ingenuo.

Pero sobre todo hay un dato curioso que en su momento debí prestarle más atención. Cuando les consulté sobre el número de temas que debíamos incluir en el repertorio, uno de ellos, uno que ni siquiera había abierto la boca, soltó casi distraídamente:

—Como mil.

Tuve varios chances de arrepentirme. El último fue cuando pasó a recogernos el autopullman. Era de un lujo insensato, casi grosero. Parecía que en vez de nosotros venía por los Rolling Stones. Eso, no sé por qué, me asustó. Pero los muchachos estaban felices; en sus vidas habían visto algo parecido (igual yo, si soy justo), así que me relajé y me puse a revisar unas partituras. Después me dormí y eso hizo que el viaje fuera más corto de lo que realmente fue. Tuve un sueño. Extrañísimo, pero muy nítido: soñé con la vieja orquesta. Estábamos *en vivo* en el estudio gigante de *Sábado Sensacional*. Oscar y Wladimir interpretaban *¿Frutero?* o *¿Dolor cobarde?*, vestidos con aquellos trajes anaranjados que usábamos en esa época: unos tigres de bengala nos bajan por la bota ancha del pantalón como si sus presas fueran los zapatos de plataforma que nos hacían lucir altos y ridículos. Todo iba bien hasta que Oscar gritó su acostumbrado “¡Albóndiga!”. Esa era la señal que él solía usar para que yo iniciara el “mambo” de la pieza con mi trombón. No alcanzó a terminar la palabra. Su voz se desgarró en un pitido lejano. Algo grave pasaba. Oscar se llevó las manos a la garganta y me vio con una mirada de pánico. Los demás muchachos parecían estatuas de piedra.

Entonces alcé el trombón, miré fijo el reflejo de mi cara en el instrumento y comencé a soplar.

Cuando desperté, el autopullman se desplazaba con una rapidez inverosímil por un altiplano húmedo. A pesar del aire acondicionado sentí el fuerte olor de la vegetación. Eso me hizo sentir bien. Optimista, sería la palabra. Curioso que un olor pueda despertar ese tipo de sensaciones felices. Ese, en todo caso, sería el estado de ánimo con que minutos más tarde vería a los dos calvos con Uzis custodiando el portón de entrada de la hacienda.

Ya estaba oscureciendo cuando nos franquearon la entrada. El rumor acompasado de los grillos y los sapos me hizo pensar en unos improbables teloneros encargados de abrir el show. El detalle de las ametralladoras no me inquietó tanto como descubrir el motivo de la fiesta: no era un cumpleaños, tampoco un bautizo. Cuando vi al Jeque con falsa barba y Adidas carísimos supe de inmediato que animaríamos un baile de disfraces.

También otras cosas me inquietaron: los calvos del portón nos condujeron primero a un ala de la casa para darnos unas instrucciones que en ese momento no entendí. Básicamente nos comunicaron que los patrones querían “sets largos y canciones verracas”. Hasta ahí todo bien; uno a veces se topa con clientes así. La cosa no me comenzó a gustar cuando nos dijeron que la fiesta duraría “tres días, como mínimo”.

—Todo depende de ustedes —agregaron como para darle un toque deportivo al asunto.

Cuando les vi las caras a los muchachos tuve la certeza de que yo no era el único sorprendido.

Pero lo *definitivo*, lo que en verdad me hizo sentir que tenía una piedra en el estómago o que la tendría en un futuro, fue el comentario que hizo uno de los matones antes de irse:

—A estos manes les hace falta un nombre, ¿no me le parece? —dijo sin reírse—. Yo les tengo uno bonito: “Los Desechables”.

En un primer momento pensé que todo era una broma; a veces los colombianos tienen un

humor un poco torcido. Y con esa idea me hubiera montado en la tarima feliz y encantado de la vida. Pero se me ocurrió mirar al timbalero: lloraba y temblaba sin vergüenza alguna.

Ahí sí fue verdad que me puse serio. Quería explicaciones, aunque fuera para llevármelas a la tumba. Había llegado el momento de las revelaciones, del *Magical Mystery Tour*, como decía un amigo rockero al que le hice unos arreglos en un disco de salsa-rock que fue un fiasco.

Lo que pude sacar en limpio en medio de la lloradera (la sección rítmica le hacía honor a su nombre: conga, bongó, timbal y piano chillaban al unísono) era que “nos” habían traído engañados. Hablaron de un tal Echeto, un delincuente menor de Petecuy, quien fue que hizo todos los arreglos. Hablaron de dinero o de la promesa de un dinero. Hablaron de apellidos que a mí no me decían nada pero que ellos pronunciaban con reverencia. También hablaron de las fiestas “desechables” (un invento mexicano, según me explicaron), en las que la principal atracción, por lo visto, era darle a putas y músicos el mismo trato que le daban a los cubiertos de plástico.

Pensé en soltar varias groserías venezolanas para aliviar un poco la furia y el miedo que sentía. No sabía qué efecto podía causar, por ejemplo: “vayan a lavarse ese culo”, así que me abstuve y me decidí por un discurso que recordaba más bien a un director técnico en un entretiem po adverso. Recuerdo que dije algo que comenzaba con: “Bueno, caballeros, la situación es esta...”. Cuando terminé, hasta yo mismo me sentía mejor. Si la cosa “dependía de nosotros”, entonces se la íbamos a poner difícil. “Nos tienen en salsa”, les dije a los muchachos para relajarlos un poco.

Ninguno entendió el chiste.

Al rato, la pareja de calvos regresó y nos llevó al patio de la hacienda. En el trayecto aproveché para echarle un vistazo a la casa. Desde que nos abrieron el portón yo había notado algo extraño. La casona tenía un toque entre mayamero y egipcio, como de película de Walt Disney. Ya adentro la sensación era otra. Un equívoco olor a chicharrón ofendía las narices. Pero era la decoración interior lo que más *hablaba* de los dueños de casa. Había pieles de leopardo por todos lados, como si esa fuera la guarida de un cazador furtivo retirado. El seibó gigante, atiborrado de cristalería fina e inútil, lucía como abandonado en medio de aquel salón vagamente africano. Vi a un mayordomo chino, con aires de Dr. No, sosteniendo una bandeja con algo que deseé fuera los restos de una azucarera derramada. El tufo a chicharrón se confundía con otros olores que no lograba precisar, pero que vinculé, no sé por qué, con unas risas estruendosas provenientes de un sofá *king size* humillado por el peso de unas odaliscas demasiado maquilladas. Casi eché de menos las cortinas de satén rojo y el obligado jacuzzi de mármol.

También vi el altar.

Ocupaba casi una pared completa y estaba flanqueado por dos desacreditados elefantes de yeso. En el centro, una figura de Santa Bárbara al natural, trataba de dar coherencia al desorden que se arremolinaba a su alrededor. Me sorprendió la cantidad de globos blancos y amarillos arbitrariamente guindados en todos los rincones. Las frutas, los juguetes y las flores (girasoles, gladiolos blancos, rosas nacaradas) hacían pensar en la mercancía de un buhonero y no en lo que realmente era: humildes ofrendas para los santos. La serigrafía de un Simón Bolívar algo compungido formaba una extraña trinidad al lado de las estampas de Yemayá y Babalú Ayé. San Lázaro, desde un pedestal, parecía decirnos adiós con una mano rígida y esmaltada.

Una alfombra persa nos señaló el camino al patio.

La gallera (donde estaban montados los instrumentos), no me causó tanto asombro como el hecho de que el sonido estuviera ya probado. ¿En qué momento lo habían hecho? Eso lo sabe

Dios. El caso era que todo estaba listo y en su sitio en espera de nosotros. Desde mi lugar pude dar con el origen de la peste a chicharrón: nueve puercos, envarados de hueco a hueco, giraban sobre unos tizones cenizos. El Dr. No los adobaba con pericia oriental. “Nosotros *también* somos nueve”, me atreví a hacer un pequeño cálculo mental.

Mientras distribuía las partituras, me adelanté a un hecho que me hizo estremecer: el repertorio, que yo mismo había preparado, con suerte nos alcanzaría para aquella primera noche. “Como mil”, recordé con horror.

Entonces se me ocurrió un plan.

La gallera tenía butacas de terciopelo rojo y manchas de sangre en las barandas. “Los gallos”, pensé a manera de consuelo mientras arrancábamos con la primera pieza. El palenque estaba ubicado muy cerca de unas caballerizas donde consentían a unos caballos de paso fino y precio grueso. De vez en cuando un peón sacaba a uno de los potros y lo hacía danzar al son que estuviéramos tocando. También sacaron a un tigre blanco enjaulado: una clara demostración de poder, como el coñac Napoleón que nos trajo el chino para mantenernos “aleltas”.

A medida que avanzaba la noche, maldecía una y otra vez al que inventó aquello de que la música calma a las fieras. Nuestra música parecía causar un efecto contrario. Cada tema parecía enardecerlos de una manera extraña. Era como si cada pieza les dejara algo incompleto por dentro que necesitara rellenarse con la siguiente canción, y así hasta el infinito. El primer set duró casi cuatro horas.

—Están celebrando un “corone” —me había explicado el pianista en el descanso cuando le pregunté el porqué de tanta euforia, sobre todo de parte del Jeque de Adidas biónicos.

—Es el patrón. Estas fiestas sólo las hacen cuando logran *pasar* algo grande —intentó aclarar—. A eso se le llama coronar. Es como cuando hay buena cosecha, ¿entiendes?

No entendí. O mejor dicho, entendí a medias. La verdad es que tenía la cabeza en otro lado. El primer set nos había dejado bastante agotados y casi sin municiones. El patrón era un señor gordo de bigotes al estilo charro, papada de jabalí y mirada maníaca. El disfraz de árabe no le sentaba bien. El bamboleo de la túnica lo hacía parecer un loco escapado de un psiquiátrico iraní. Los Adidas, por su parte, le restaban cierta majestad al disfraz.

Pero hubo un detalle que sí me preocupó: el hombre no se sentó en todo el set. Fue ahí que pensé: “si el hombre se sienta es porque está aburrido y si está aburrido hasta ahí nos trajo el río”.

Eso se lo dije al Chapo Olivares, uno de los tres vocalista que me llevé y que, dicho sea de paso, poseía un color de voz bastante parecido al de Oscar. Pero al Oscar de antes. Al de *El cachumbambé*. Al de afro y cadenas de oro. Al Oscar sin corregir.

No sé si fueron mis palabras o un nuevo paseíllo del tigre blanco lo que hizo que el Chapo se botara en el segundo y último set de aquella primera noche. Parecía como si estuviera en el *Madison Square Garden* ante veinte mil personas. Qué talento tenía ese muchacho. Lástima que lo haya mal aprovechado. Unos años después, cuando ya yo le había perdido el rastro, me enteré de que una salva y no precisamente de aplausos lo esperó a las puertas de una agencia bancaria en Cali. Salía con un maletín en una mano y una nueve milímetros en la otra. Sin embargo, aquella sí que fue la noche del Chapo Olivares. De los ochenta y seis temas que teníamos de repertorio, el hombre parecía multiplicarlos por tres. Alargaba los soneos y los mambos, modificaba y expandía estrofas, hacía “solos de boca” de instrumentos que sólo existían en su imaginación. Tenía lo que hay que tener para seducir a una audiencia. Gracias a él, el Jeque sólo se sentó cuando el sol asomó por entre los cerros que amurallaban la hacienda.

Mientras los dos calvos nos conducían en fila india al interior de la casona escuché los primeros acordes de una canción vallenata. Era extraño: no había visto a ningún grupo alistándose para tocar y sin embargo comenzaron a sonar casi de inmediato. Era una canción triste. La letra hablaba de un desengaño amoroso y de la venganza del amante engañado. Fue lo único que alcancé a escuchar antes de que nos encerraran en otra de las alas de la casa a *descansar*.

Pero yo no descansaría en los próximos dos días.

“Sin repertorio estamos muertos, Albóndiga”, recuerdo que me dijo el pianista apenas entramos en aquel salón donde relucían nueve literas impecablemente tendidas. De los músicos, él parecía el único que se daba cuenta del lío en que estábamos metidos. La situación era como para ponerse a rezar y todos se comportaban como si estuvieran de picnic. Atacaron con desespero un bufé que acababa de instalar el chino (yo no comí), y se dieron el tupé de pedir más. Lo que faltaba era que exigieran champaña.

Entonces le comenté mi plan.

—Creo que yo también voy a comer —fue lo único que atinó a decir apenas concluí, como si masticar y resignarse fueran la misma cosa.

En los cuarenta años que llevo en este negocio creo haber hecho de todo. O por lo menos casi todo. De eso me di cuenta cuando le pedí al chino que me trajera lápiz y papel.

“Repertorio”, yo les iba a dar su repertorio.

La verdad es que nunca me he sentido tan solo como en aquel día. Mientras todos dormían, indolentes, yo tenía un problema que resolver. Más bien dos. Mi memoria nunca ha sido buena y con los años ha ido peor. El otro problema era el tiempo. En realidad, el *verdadero* problema es el tiempo, esa es la tragedia, ¿cierto? Pero algo tenía que hacer y lo hice. Que por mí no quedara.

Lo que son las cosas, de los tres cantantes que me llevé, el Viejo Piñango era al que menos le tenía fe. No era que tuviera mala voz (o sí, tal vez un poco aguardientosa), pero su gracia indiscutiblemente estaba en el baile. Yo lo llevé básicamente para eso, para que diera espectáculo. Creo que fueron sus pasos de baile, sus “tijeretas”, y no el encanto de su voz, lo que impidió que el Jeque se diera cuenta de que le estábamos haciendo trampa: parecía hipnotizado en las hábiles piernas de aquel insólito hombre de 63 años que lanzaba patadas de karate, se contorsionaba y hasta parecía flotar como una nube vertiginosa en medio de aquella gallera.

Esto fue lo que se le pasó por alto al Jeque:

Primer set (internacional):

Mundo alucinante (16 veces)

Un baile de ambiente (18 veces)

Estrella distante (19, casi 20 veces)

Mi adorada (18 veces)

Corazón tan blanco (17 veces)

Y viva España (16 veces)

La felicidad ja, ja (15 veces)

Ahí namá (16 veces)

Los mágicos (14 veces)

Porque me gusta (12 veces)

Vidas imaginarias (20 veces)
Nadie más que tú (20 veces)

Segundo set

Por lo que tienes de ceniza (18 veces)
Dulce cantar (16 veces)
Sólo quiero que amanezca (16 veces)
Tiene coimbre (17 veces)
Amores y castigo (18 veces)
Cañonazo (18 veces)
El bonche (16 veces)
Que bailen to's (16 veces)
Las primeras hojas de la noche (19 veces)
Aprende conmigo (19 veces)

Tercer set

La eliminación de los feos (10 veces)
Yo soy la rumba (03 veces)
Qué pena me da (02 veces)
Percusión (01 vez y el Jeque estuvo a un tris de sentarse)
Fanfarrón (01 vez)
Paseos al azar (08 veces)
Arroz con manteca (10 veces)
Salsa y control (06 veces, sin pena ni gloria)
No me mires así (10 veces)
Como si fuera una espiga (02 veces)
Velorio alegre (03 veces)
En el bar la vida es más sabrosa (04 veces)
Mayoral (09 veces)
Según pasan los años (02 veces)
Bururú Barará (10 veces)

Cuando el sol vino en nuestro auxilio, el Viejo Piñango aún tenía gasolina para unas horas más. Su entusiasmo era frenético e infantil, como el de un niño que niega a irse de una piñata. Había dado lo mejor que podía ofrecer y se sentía feliz por ello. Sin embargo, al llegar a la habitación, entró en un torpor inexplicable, como si alguien de pronto lo hubiera desenchufado. Se acostó en una de las literas y ya no volvió a levantarse hasta que todo terminó.

Yo también intenté descansar un poco. Me eché en una de las literas pero por mucho que traté no pude pegar un ojo. Soy una persona responsable, qué te puedo decir, toda la vida lo he sido. Aún me quedaba una noche por delante y yo no sabía qué hacer, esa era la verdad.

Aquella segunda noche en poco se diferenci6 de la primera. Todo parecía repetirse según un orden establecido. Todo salvo por un detalle: las mujeres. Las que vi la primera noche sin duda alguna no *eran* las de la segunda noche. Algo similar noté con los puercos asados.

También los muchachos de la orquesta, en un alarde de mala educación, repitieron su comportamiento del día anterior. Aquello no era apetito sino gula. Yo apenas si mordisqueé alguna fruta. Todo me sabía a hiel.

S6lo cuando le pedí al chino que me trajera más lápiz y papel sentí un poco de paz en el cuerpo.

Como a las seis de la tarde salí afuera a tomar aire y a despejar un poco la mente. "Higiene mental", decía mi vieja. Uno de los calvos me custodiaba como si yo fuera un niño travieso.

Me fumaba un cigarrillo cuando escuché el estruendo y casi de inmediato sentí la ventolera. Aunque me encontraba a una distancia considerable, pude fijarme con detalle en los cuatro hombres que descendieron con la cabeza gacha del helic6ptero. La verdad es que no había que ser un genio para saber a qué se dedicaban por lo menos tres de aquellos hombres. Una vez en Nueva York intenté *comprar* una camisa similar a la que uno de ellos lucía. Cuando me fijé en el precio supe de inmediato que jamás sería propietario de un Ferrari ni de una camisa de seda como aquella. Los tres fumaban habanos con malévola elegancia e iban esposados a unos acerados maletines que sólo he visto en películas. El cuarto hombre sí que no pegaba con nada. Parecía sacado de un grupo de danzas folcl6ricas del Senegal. Llevaba, con forzada naturalidad, un gorrito, puede que musulmán, adornado con lentejuelas y piedras de fantasía. La túnica blanca, abierta en V en el pecho, dejaba ver nueve collares multicolores, acaso su signo más distintivo, si obviamos, claro está, las sandalias con medias deportivas que usaba y que le conferían un aire de turista alemán.

Pero, era la torta que sostenía en las manos lo que en definitiva me turbó. Tenía el diámetro de una pizza familiar y la consistencia de un pastel l6bregamente macrobi6tico ¿Para quién era aquello? Pronto lo iba a saber.

Para esa tercera noche me había reservado al que, en mi opinión, era el mejor de los tres cantantes. El Nené Pinto poseía una de las voces más versátiles que había escuchado en años. Sorprendía que a los 19 años pudiera lograr aquellos registros. También poseía algo que no venden en la farmacia: escena, cancha, que en este negocio es tan vital como la voz. Con ese talento me sentía confiado para el cierre. Tal vez la edad me preocupaba un poco, pero ciertamente no era el momento para ponerse exigentes.

Antes de salir a la gallera, quise motivar a los muchachos para que le pusieran un extra a la presentación. No alcancé a decir: "la suerte está echada", cuando el chino entró por la puerta. Empujaba el mismo carrito de siempre, salvo que en vez de comida traía la torta. De cerca no tenía tan mal aspecto y el aroma era de esos que prometen cosas mejores al paladar. Cuando la probé sentí algo extraño, sabía a una combinación de concha de limón en almíbar con remolacha. Pero el fondo amargo se imponía a los demás sabores y eso me hizo desistir de terminar mi ración. Los demás muchachos, al parecer, sintieron lo mismo y dejaron a medio camino sus porciones. Todos menos el Nené Pinto quien, con nostalgia glotona, dijo que la torta le recordaba un pastel navideño que hacía su abuela en Toluca.

En el trayecto hacia el patio uno de los calvos se puso conversador. Eso me dio mala espina. Sobre todo al enterarme de que los tipos del helic6ptero eran los "Señores de Culiacán". Qué curioso: "Señores de Culiacán" me sonó en un primer momento a título de gaita jocosa. Fue

mientras afinábamos los instrumentos que caí en cuenta de la ecuación Culiacán-México-Desechable.

Todo lo que sucedió a continuación de verdad que lo recuerdo vagamente. Para ser más específico, recuerdo sólo las dos primeras horas de aquella presentación. Fueron magníficas. Me había esmerado en un repertorio de temas cubanos (danzones, sones morunos, etc.) que alterné con algo de charanga y boogaloos. La experiencia de las dos noches anteriores me había educado en los gustos y caprichos del Jeque. La orquesta botaba un sonido engranado, limpio, como el de una filarmónica. Creo que en lo que me resta de carrera jamás volveré a escuchar algo similar. Pero tanta dicha no dura mucho y en el caso que nos atañe apenas duró un par de horas, tiempo en el cual los “Señores de Culiacán” no se movieron de sus butacas; se limitaban a darles pequeños sorbos a sus tragos como si se tratara de bebidas muy calientes y a mirar con fascinación al Jeque. Del tipo de los collares y sandalias con medias, ni rastro. Sólo lo volví a ver en el primer intermedio cuando fui al baño a orinar. No sé por qué, pero me pareció lógico que el sitio donde me lo encontrara fuera el altar. Estaba sentado, al estilo sioux, a los pies de la imagen de Santa Bárbara (que dicho sea entre paréntesis parecía más la representación del Deseo que de una santidad: tenía mucho busto y mucho labio, como si al artesano que la moldeó hubiera exagerado la dosis de colágeno), y se entretenía con unos caracolitos que lanzaba y recogía como si estuviera jugando una interminable partida de ludo místico.

Mentiría si dijera que me acuerdo de la canción que interpretaba el Nené Pinto para el momento en que ocurrió el desastre. Debe haber sido una charanga. Lo digo porque el muchacho estaba dando unos saltitos, que eran parte de la coreografía, cuando de pronto se puso a dar unos brincos frenéticos, como de canguro. De haber sido sólo eso de repente nadie se hubiese dado cuenta. Pero las cosas malas suelen venir en seguidilla. Casi al final de la pieza y sin que viniera a cuento, el Nené se quedó estático, con la mirada perdida en un punto indeterminado de la gallera. Luego, todo sucedió. Un vómito verde, como una guasacaca espesa, le brotó de la boca y el chorro fue a dar casi íntegro a la túnica del Jeque. Los Adidas también llevaron lo suyo. Qué momento más incómodo, vale. El Jeque parecía el sacerdote de *El exorcista*. Pero lo más extraño fue lo que ocurrió a continuación. Contrario a lo que yo me esperaba, el Jeque no ordenó que nos fusilaran en el acto. Más bien daba a entender que el asunto lo divertía muchísimo. Se quitó la batola como si el asunto no fuera con él y mandó a que el show continuara. Entre el Chapo y yo sacamos al Nené del escenario. Estaba helado y tenía los ojos como un animal disecado. Al Chapo le dio por hablar de posesión satánica y comentó que en su pueblo a una niñita le había ocurrido lo mismo. No le quise decir nada, pero yo estaba seguro de que lo único *endemoniado* en todo esto era la bendita torta mexicana.

El resto de lo que pasó aquella noche lo tengo poco claro. Hasta donde alcanzo a recordar el Chapo se defendió bien con el micrófono, a pesar de no haber ensayado el nuevo repertorio. Pero el Chapo era puro talento y de haberlo puesto a cantar ópera, tango o joropo no dudo que también hubiese salido bien librado. Sin embargo, eso es apenas lo poco que puedo evocar con nitidez; todo lo demás me viene a la mente por pedacitos. Unos pedacitos más bien difusos y algo incoherentes.

Todo brilla con colores que en mi vida he visto y que, me temo, jamás volveré a ver. Siento que el Jeque, los mexicanos, las putas, los calvos y hasta el chino me aman. Yo también, por alguna razón, los amo a ellos. Pero se trata de un amor especial: un cariño suave, preocupado, como romance de liceo.

Ya no peso los 138 kilos que me agobian y me identifican. Mi trombón adelgaza junto a mí hasta convertirse en la primera flauta dulce con que me inicié en la música.

Mamá, con una voz a la que no le falta autoridad, dice: “Gordo, ve al abasto y tráeme un real de mantequilla, dos maltas y una caja de Lido”.

Todo lo veo *espeso*, gelatinoso.

Al pianista le da por “jazzear” un tema y el conguero lo acompaña en esa locura. Intervengo para evitar una desgracia. Al final, terminamos improvisando algo de Thelonius Monk que no nos quedó ni mal.

El Jeque ríe. Tengo ganas de hacer pupú.

Me miro el pulgar mientras deslizo la varilla del instrumento. Mi dedo es fascinante.

Los puercos mueven la boca. Me parece que hablan entre ellos.

Los mexicanos ríen. Yo también río.

Jairo me debe unos reales. Tengo que cobrarlos.

Otra vez mi vieja: “Si no haces la tarea, no hay Tom y Jerry”.

¿Cuánto será 9×9 ?

¿Qué será de la vida de Thelma Tixou?

El chino se acerca a la gallera y le comenta algo al pianista.

El pianista se desnuda.

Estoy a nueve centímetros del piso.

Creo en la paz del mundo y en el ginkgo biloba.

Magallanes será campeón.

Soy feliz.

El Jeque se sienta.

Me hago pupú.

Antes de que ocurra lo peor, mando a parar la orquesta. Siento un maremoto dentro de mí. Oigo campanas, o algo parecido a las campanas. Estoy cansado y estoy sucio. Pero no me he rendido. Uno, bajo ninguna circunstancia, debe rendirse. Aprovecho para hablar con los muchachos. Con resignación y asco, soportan mi monserga y mi olor. Creo haber hablado muchísimo, pero apenas recuerdo tres palabras: amistad, valor, Dios. Los calvos se aproximan a la gallera, pero ya no tengo miedo. Mando a los muchachos a tomar de nuevo sus posiciones. Siento que el fin se acerca, pero a la vez siento que he cumplido. El tipo de los collares y chancletas con medias por fin aparece. Se sienta a la derecha del Jeque y le comenta algo en voz baja; un gesto canónico de película de Semana Santa. En ese momento, no sé por qué motivo, intuyo que todavía existe una posibilidad. Me da mucha rabia decirlo, pero si esa posibilidad pudo tomar cuerpo fue gracias al pianista. Fue él, con repertorio en mano y dedo tembloroso, quien me señaló la letra de *Para tu altar*. Quién lo diría. Juro que yo no hubiera podido hacer semejante asociación. Hay gente que sirve para esas cosas, yo no. Pensar que el único éxito que pegara Argenis con la vieja orquesta sería la clave que nos sacaría de aquella pesadilla.

Ahora que hago un esfuerzo, me vienen a la mente las circunstancias que rodearon la grabación de esa pieza años atrás. Puedo ver a Joseíto, mi compadre y timbalero de la orquesta, metido de pies y cabeza en aquella onda santera fastidiosísima en la que pretendía involucrarnos a todos. Joseíto vestido enteramente de blanco: zapatos blancos, boina blanca, reloj blanco. Joseíto con su *amiga* de la época (disfrazada de novia antillana, con turbante blanco y todo). Joseíto y su empeño

en incluir esa canción: “esto va a ser un palo, Albóndiga, créeme”. Me parece recordar que entre sus otros argumentos de peso destacaba la palabra “babalao”. El hecho fue que por no llevarle la contraria al compadre acepté que Argenis grabara el tema. Aunque justo es decir que los arreglos que le hice y la manera como monté el sonido y las voces recordaba a anteriores trabajos que ya había hecho con Oscar. Eso trajo su parte mala: el público dejó de referirse al pobre Argenis como el *Gordito*. A partir de entonces comenzaron a llamarlo “Oscar Meyer”. Como quiera que sea, fue esa canción sencillita y sin mayores pretensiones la que en definitiva nos salvó la vida. Hasta ahí llegan mis recuerdos. El resto puedo completarlo (y esto también me duele decirlo) nuevamente gracias al pianista. En el viaje de regreso a Cali tuvo la suficiente lucidez y aplomo estomacal como para acercarse hasta donde yo estaba y contarme el final de esta historia. Según me dijo, apenas el Chapo arrancó con la primera estrofa de la canción el tipo de los collares entró en una especie de trance. Eso yo no lo recordaba. O puede que sí, no estoy seguro. El asunto es que el hombre babeaba y pedía a gritos que le dieran de beber ron. Luego se serenó un poco y se acercó a la gallera. El pianista dice que en ese instante temió lo peor. Sin embargo, el tipo lo único que deseaba era que volviéramos a tocar la canción. Y así lo hicimos, según el pianista. La tocamos y la tocamos hasta que *un rayo de luz madrugadora nos recordó a todos que las noches no son infinitas*. El resto es más o menos ridículo y no vale la pena dilatarme mucho en esa parte. El hombre, en un acto a todas luces teatral, se quitó los collares que llevaba puestos y nos guindó uno a cada uno, la cosa parecía más bien una premiación de la FIFA. Dijo que le diéramos las gracias a Oshún y que podíamos irnos en paz. Hasta no hace mucho pensé que el tal Oshún era el nombre de uno de los mafiosos.

De aquella aventura ya han pasado muchos años. De Colombia me traje muchos recuerdos, algo de dinero y el collar que me regaló el señor aquél. A los pocos días de haber salido del susto de la hacienda comencé a usar el collar. La verdad es que no sé por qué lo hice y, a estas alturas, no creo que importe mucho buscarle una explicación. No me lo he quitado desde entonces. La palabra amuleto no me gusta. Yo nunca he creído en ese tipo de cosas pero tampoco dejo de creer. Me ha ido bien, esa es la verdad. Sin embargo, atribuírselo al collar me parece un poco exagerado.

En estos días Oscar se puso en contacto conmigo. Tenía años sin hacerlo. Me dio lástima cuando lo escuché hablar de un “reencuentro” con los muchachos de la orquesta original. La gente cuando se pone vieja le da por ese tipo de cursilerías. Le dije que lo iba a pensar. No soy un hombre rencoroso, pero esa fue mi pequeña revancha por el asunto de la Zulía. La salsa ha cambiado mucho desde entonces. Nosotros también, para bien y para mal. Hay personas que no entienden esas cosas.

ÓVNIBUS

Sesenta y tres años no es buena edad para andar ostentando un nombre juvenil. Por lo general, y aquí lo general atañe a la generalidad senil, quienes llegan a esta etapa de la vida suelen llamarse Anselmo o Crisanto, por decir lo poco. Otros optan por una suerte de “sustantivación” del apellido que en ocasiones logra ocultar el cadáver. Por ello nadie en su sano juicio puede sobrevivir a semejante edad llamándose Eddy o Jhonny. Sé, por experiencia, que eso puede llegar a ser tan desdichado como atravesar la infancia bautizado de filósofo griego.

Llegué al aeropuerto de Miami pasado el mediodía. Me hice una idea un tanto distorsionada de esa ciudad a la que no visitaba desde los ochenta. Quizás el culpable fuera un mapa que “bajé” de Internet: un dudoso croquis turístico con topografía de pueblo de cómics.

La promesa del plano era realmente tentadora: caminar del aeropuerto hasta Coral Gables sin sudar siquiera una gota. El taxista que me sacó del terminal se apresuró en hacer añicos mi fantasía peatonal:

—Se te va a ir la vida entre una calle y otra —dijo.

Aquello lo entendí media hora más tarde cuando llegamos al *Dezertland*. El *Dezertland* es uno de los tantos hoteles Art Decó sembrados a lo largo de Collins Avenue. El hotel, ni qué decirlo, era uno de los patrocinantes de mi croquis junto con un *mall* especializado en ropa con defectos.

Lamenté que el viejo hotel no fuera mi destino final sino Tamarac. Ahí vivían desde hacía diez años mi prima Hosanna y Sótero, el hijo de Eddy. Cuando éstos pasaron a recogerme, acababa de terminar *elhappy hour* del bar. Yo estaba completamente borracho y escuchaba con embeleso a un imitador de Elvis entonar *Don't be cruel* por tercera vez.

Debía de ser medianoche, a juzgar por lo solitario de la avenida y la brisa fría que me pegó en la cara cuando salimos. Los *shots* del *Dezertland* (siete en total) me habían aniquilado cualquier vestigio de urbanidad. No sé qué farfullé cuando Sótero me preguntó si tenía hambre. Tal vez no dije nada. Sólo tenía ganas de echarme a dormir y olvidar un poco la reciente pesadilla que había dejado en Caracas. Mi mirada perdida en los carros que venían en sentido contrario y el hilo de voz que me salió como respuesta debieron de hacerle sospechar a Sótero de un gen maligno enseñoreado en el árbol genealógico de su mujer. El trayecto hasta el *Mars wings & beer* lo pasé ovillado en el asiento trasero de la *Yukon*, contemplándole la nuca a Hosanna. Eddy nos esperaba desde las ocho para cenar.

Salvo por una pareja de obesos patibularios sentados al fondo del salón, el restaurante parecía reservado exclusivamente para nosotros. Viéndolo bien, los gordos eran un detalle más de la decoración del local. Todo parecía sacado de cuajo de una peli de ciencia ficción de los

cincuenta. De las ventanas colgaban unas cortinas tornasoladas, similares a las que suelen encontrarse en las duchas de los moteles baratos. Abundaban las fotografías de alienígenas, enmarcadas y dispuestas con la corrección de un museo, también algunos *gadgets* (fue la palabra que usó Sótero) encriptados y adosados a las paredes. El sitio me hizo sentir peor. En una foto fija promocional creí reconocer a Walter Reed en *Flying Disc Man from Mars*, una película producida por *Republic Pictures*.

El comedor estaba bañado por una luz opaca y mortecina que le otorgaba a cada objeto un aspecto entre macabro y risible.

Eddy estaba de espaldas, acodado en el mostrador de la tienda de *souvenirs*. Hablaba con Stanley, el dueño, un tipo delgado como un palo y que guardaba un parecido alarmante con esos dummies de goma ¿o madera? que utilizan para medir el grado de inutilidad de los cinturones de seguridad. La franela que llevaba puesta —que debía ser de una talla infantil—, le flameaba como la vela de un barco fantasma.

La amistad de Eddy con el propietario del restaurante se remontaba a la época de los primeros despegues en Cabo Cañaveral. Compartían lo que podría llamarse una singular pasión por los fenómenos extraterrestres y los avistamientos de ovnis. Supongo que esa afición fue el sucedáneo lógico luego de que los Apolos languidecieran en el limbo presupuestario del Pentágono. El dato, no estoy seguro, me lo refirió el propio Eddy luego de aquella cena mediocre, y cuando las jarras de cerveza yacían como elefantes muertos sobre la mesa. Los *shots* del *Dezertland* y la cerveza recién bebida agudizaron en mí un sentido de la observación que no poseo; una hipervaloración del detalle que sólo lo otorgan una conversación tediosa o la inminencia de un accidente de tránsito. Fue en ese estado en que pude darme cuenta de un detalle curioso: Eddy y Stanley se comportaban como un viejo matrimonio. Era extraño ver cómo un pasatiempo podía unir a dos personas de esa manera. Tenían códigos para referirse anécdotas del pasado, chistes, complicidades. Mientras Eddy hablaba, Stanley, inmóvil, lo contemplaba con una expresión que a ratos era maternal y en ocasiones ceñuda y ofendida.

Ya en la madrugada y a punto de irnos, Sótero quiso darle un toque circense a la velada. Por la forma como extrajo del bolsillo el mazo de naipes, me hizo pensar que esperó toda la noche por ese momento. El marido de mi prima, en efecto, y a instancia de Eddy, había hecho incursiones en la magia desde niño. Yo lo recordaba nebulosamente como la atracción principal de un maratónico televisivo, años atrás. En un paréntesis de su rutina bostezante con los naipes, Sótero me reveló algunos pormenores de aquella presentación televisiva. No tenía once años, como el animador del show preconizaba, sino quince. Y la fortuna de algunos números obedecía más a los hechizos sobrenaturales del cannabis que a la espartana inducción de Eddy.

Hosanna, en un gesto humanitario, le impidió al niño mago iniciar una rutina de telepatía utilizándome como voluntario.

La turgencia de mi vejiga me despertó como si hubiese escuchado una diana militar. En un principio no supe dónde me encontraba ni qué hacía todavía vestido y tirado en aquel sofá. Por un instante me preocupó no saber dónde estaba el baño. Parece una tontería, lo sé, pero esa incertidumbre me produjo taquicardias. Como pude me incorporé y traté de orientarme. A mi izquierda se abrió un pasillo angosto tapizado con fotografías. Me arrastré hasta allí. En una de las fotos aparecía Hosanna con un tipo al que no conocía. Tanto él como mi prima sonreían despreocupados. Me llamó la atención esa foto porque era la única en blanco y negro. Al fondo del corredor vi el baño. Las losas del piso me recordaron fugazmente la asepsia ebúrnea de las

clínicas. Yo he visitado varias.

De vuelta a la sala me tumbé de nuevo en el sofá y encendí un cigarrillo. Me supo espantoso pero me lo fumé hasta el filtro. La casa era de construcción reciente y la arquitectura similar a todas las demás del sur de la Florida. Sótero y Hosanna tenían poco tiempo de haberla adquirido, luego de pasar años conviviendo con Eddy. El viejo ya no vivía en Broward County; se había mudado más al norte, a pocas millas del Jhon F. Kennedy Space Center. Vivía solo, en un apartamento atestado de “memorabilia lunar” y placas de reconocimiento del Rotari Club.

La casa estaba cercana a la 44I. El interior y el mobiliario eran un fresco comprimido de la estética latina de la zona. Daba la sensación de encontrarse en medio de la grabación de un *Talk Show* canalla. Con el tiempo desarrollé un miedo irracional a recostarme de las paredes. La ausencia de materiales nobles en favor del yeso, el plástico y la fórmica me llenó de sospechas. Sótero había abolido el alfombrado y en su lugar colocó unas baldosas con arabescos aleatorios; éstas pretendían “hacer juego” con una lámpara *Tofú* que pendía milagrosamente del techo. Gran parte de la sala tenía la dignidad de un burdel tailandés.

El ruido de unas gárgaras y luego el de una puerta que se abre, me distrajo de la inspección que le realizaba a un tapiz guajiro, punto focal de un rincón criollo promovido por Hosanna. Ese detalle patriótico era, acaso, lo menos espurio dentro de la casa. He visto cosas peores. Verdaderas “instalaciones” de la imaginería de la clase media venezolana: arcos y flechas maquiritares, totumas y tinajeros, Simones Bolívares fálicos. Una vez vi un arpa autografiada por Hugo Blanco.

—Luciano, no me fumes dentro de la casa, men.

Era el tercer cigarrillo de la mañana y toda la casa apestaba a nicotina. Volteé lentamente en dirección a la voz. Lo hice con un ademán que perfeccioné de niño. Un gesto entre impertérrito y distraído que solía funcionar con mi madre. Sótero estaba desnudo y se hurgaba en los testículos como si buscara un objeto perdido entre aquellos pelos hirsutos. Vi que tenía sobrepeso y la voz le sonaba cavernosa, como si estuviera hablándome en un túnel. Discúlpame, dije, reponiéndome del susto. Fuma en el patio, viejo, dijo. Sin más, dio media vuelta y se encerró de nuevo en su cuarto. Cuando volvía sobre sus pasos, noté que en las nalgas también le brotaban unos pelos largos como de camello.

El hijo de Eddy hablaba un inglés atroz y pendenciero. Una suerte de slang ininteligible que hacía parecer bello al spanglish. La palabra *men* era un comodín del que abusaba.

Me va a faltar paciencia, pensé. Traté de apagar el cigarrillo pero en la sala —y creo que en toda la maldita casa— no había un solo cenicero. Los que aparentaban serlo, colgaban de las paredes y parecían más bien esas baratijas que les venden a los turistas en los aeropuertos. Cuando salí al patio trasero, la luz del sol casi me hizo devolver dentro de la casa. El cigarrillo me lo acabé sentado en un sillón playero protegido por la mezquina sombra de un almendrón. En uno de los brazos —el derecho— el sillón tenía el esmalte descascarado por pequeñas quemaduras. De cigarros, creí. Cuando apagué el mío en el sitio de las marcas, vi cómo yacían debajo del sillón una docena de porritos amarillentos, consumidos hasta el límite de la prudencia labial. Parecían jugadores de fútbol vistos desde una grada lejana. Entonces no sé por qué me puse a pensar en el niño mago. También en la posibilidad urgente de mudarme.

A Eddy y a Stanley los volví a ver tres semanas después de la noche del *Mars*. Me causaron curiosidad los binoculares —él los llamaba prismáticos— que Eddy llevaba colgados del cuello. Eran de la misma marca que yo utilicé durante ocho años en las transmisiones. Una óptica

extraordinaria y muy livianos. Al advertir mi interés en ellos, Eddy me los ofreció.

Los rechacé.

—Me traen recuerdos —justifiqué.

Por ocho años fui comentarista hípico. Es un oficio difícil de explicar. ¿De qué se trata? Pues de leerle la mente a los caballos. Fue a lo que me dediqué luego de abandonar la facultad de Ingeniería. Me dolió por la cartelera que teníamos en la entrada de la Facultad. No sé si todavía existe, tampoco me importa. El hecho es que una noche conocí a un tipo en un bar. Se llamaba Jhonny y era productor radiofónico. Tenía aspecto de matón a lo Dillinger y, aunque aquella noche no lo vi beber, apenas podía articular palabra de lo ebrio que estaba. Al hombre, no sé por qué razón, mi nombre lo cautivó. ¿Luciano Alcorta?, se repitió cuando me presenté. ¡Suena bien!, dijo de pronto, enseñándome sus ojos de perro perplejo. Parecía como si mi nombre tuviera una cualidad especial de la que quizás él podría apropiarse. Tenía unos cincuenta y tantos, pero aparentaba mucho más. Esa noche hablamos (más bien hablé) hasta que nos echaron del sitio. Me citó para ese sábado en el hipódromo. No sé de dónde saque la valentía para ir: de caballos sólo sabía que tienen cuatro patas y que son muy nerviosos. Jhonny había sido entrenador o estudió para serlo. Creo que nunca le dieron un caballo. Había hecho sus prácticas con el preparador Crespo, pero éste siempre supo que Jhonny no poseía *el talento*. Un día el propio Jhonny lo entendió y dejó de ir a la cuadra. Lo que sí le sobraba a Jhonny eran amistades, buenas y malas. Con las últimas fue que hizo el dinero. Llegó a tener hasta tres oficinas de “banca suiza” que lo forraron de dinero pero que igualmente lo mantuvieron al borde de la locura. Al poco tiempo compró un espacio radial para las transmisiones en vivo desde La Rinconada. No tardó en dejar las apuestas ilegales. Ya no ganaba tanto dinero pero vivía más tranquilo. Cuando lo conocí llevaba cuatro años en el aire y acababa de pelearse con Leido Calandriello, el comentarista del *Staff* de transmisiones. Un tipo andrógino y petulante que se hacía llamar “El Poeta del Turf”. Jhonny lo odiaba. Una tarde de carreras, luego de que Leido soltara sus acostumbrados dardos venenosos y análisis pseudotécnicos, el viejo estalló. Jhonny -esto me lo contaría el técnico de sonido- lo golpeó con tal saña que cualquiera juraría que vengaba la muerte de su madre. Todos quedaron atónitos ante aquel acto gratuito del jefe. Ese era el puesto que me esperaba dentro del *Staff*.

Los binoculares de Eddy eran sólo parte del equipo de la pareja para detectar entidades. La cámara de video, el Genger 15 × 40 y el manual de *Ufología actual* completaban los aperos. El Genger (un telescopio de apariencia intimidante) era responsabilidad de Stanley: lo llevaba terciado en bandolera al estilo *bazooka*. Eddy interpretaba el manual y registraba en video.

—Vamos al mirador de Sarasota. ¿Quieres venir?

—¿Dónde queda Sarasota? —repuse. El sitio me sonaba a campamento de *spring training*.

Eddy le echó una mirada a Stanley. Después de pensarlo un poco, me dijo: “cerca”. Luego le dijo algo en inglés al dummy que no entendí. El dueño del *Mars* se limitaba a asentir con la cabeza.

—Cerca —me repitió Eddy.

Mientras me cambiaba en la habitación, repasé mentalmente mi singladura forzada de las últimas tres semanas. Nada digno de poner en una biografía salvo por mis incursiones con Sótero en la “sagüesera”. Sótero tenía su proveedor en la zona más caliente del *South West* de Miami. Creo que fuimos unas ocho veces en total. A Sótero lo “conejeaban” con una hierba seca y cara. Nunca logré entender cómo le podía gustar aquello. Yo, que no fumaba monte desde el

bachillerato, sabía que el producto era de ínfima calidad. Pero era lo que había. Al principio aquellos tabacos me producían unas notas horribles: tornados, huracanes, maremotos, incendios. Después creo que me aclimaté. Aparte del sillón playero, a Sótero le encantaba fumarse sus varas en el garaje de la casa. Escondía las bachas a medio consumir en los lugares más insospechados. La caja de herramientas y el riel de la puerta del garaje eran sus predilectos. Últimamente la malanga me había puesto parlanchín, cosa que Sótero aprovechó para sacarme una que otra confianza. Sobre todo el motivo de mi intempestivo viaje a Florida.

En eso estuve hasta que me puse a pensar en porqué todo se había ido a la mierda en Caracas. En el closet guindaba mi última camisa limpia. “Tengo que lavar”, dije en voz alta, como si aquello implicase algo más que ropa. En un corcho viejo pegado en la pared, pendía un mapa de carretera del estado. Lo desplegué. Sarasota era un punto huérfano a cuatrocientas millas de Tamarac. “Cerca”. Viejo hijo de puta. Recordé las palabras del taxista y salí.

“Cuatrocientas millas es un buen lugar para pensar”, dije para consolarme, casi en el mismo instante en que Eddy empalmaba con la *Turnpike*. No sé si estará bien decirlo, pero la frase no era más que la variación de un cliché de mi antiguo oficio: “Jinete y cabalgadura tienen en los 2.000 metros un buen lugar para pensar”. Era estúpida, lo reconozco, pero funcionaba. Ese era mi comentario de cierre y mi marca de fábrica. Recuerdo cómo se le iluminó el rostro a Jhonny cuando dije semejante disparate. Aquella misma noche en el Fenicia, donde nos reuníamos los del *Staff* después de las carreras, Jhonny me hizo partícipe de su hallazgo:

—Leerás la mente de los caballos —sentenció. Inmediatamente agregó—: Este muchacho se va a perder de vista.

La profecía tardó ocho años en cumplirse.

El mundo de los caballos, y todo lo que lo rodeaba, me resultó tan fascinante y miserable como el mundo real. Pronto supe que me iba a gustar aquello. Jamás en mi vida vi tanto dinero junto como en esos años. Es difícil no embelesarse ante el espectáculo del dinero. Es curioso, pero sólo entendí el furor de los aficionados hípicas cuando aposté mi primer millón. Fue una experiencia extraña. Apostar es un placer sensual y doloroso. Es un tiburón que emerge de tus propias entrañas y, de una dentellada, te arranca el corazón. Jhonny lo sabía y siempre me protegió. “Aprende primero”, me repitió por años. Sucede que en la hípica como en la vida uno nunca termina de aprender. O en todo caso yo no pude hacerlo mientras estuve bajo su tutela. Tal vez era muy joven para entender que los caballos no corren, ni siquiera existen. Que sólo son nombres y números en una revista. Espejismos hechos de comentarios y promesas.

Cuando nos detuvimos en el Denny’s a comer, cerca del lago Okechobee, me di cuenta de que era casi mediodía. En algún momento del trayecto me había quedado dormido. Tuve un sueño extraño, más bien dos, pero sólo recuerdo uno. Digo extraño porque normalmente no suelo tener ese “tipo” de sueños. *Mi padre me llevaba montado sobre sus hombros. Yo era un niño muy pequeño, de unos cinco o seis años. “Súbete aquí arriba”, me dijo. Y sujetándome con las manos, me alzó en el aire y me montó sobre sus hombros. Estaba a mucha altura del suelo, pero no tenía miedo. Él me agarraba con fuerza. Los dos nos aferramos el uno al otro. Luego echó a andar por la acera. Quitó las manos de sus hombros y se las puse alrededor de la frente. “No me despeines”, dijo. “Puedes soltarme. Te tengo bien sujeto. No te vas a caer”. Al escucharlo decir esto, caí en cuenta de la fuerza con que asía mis tobillos. Entonces le solté la frente. Liberé las manos y extendí los brazos a ambos lados. Los mantuve así para mantener el equilibrio. Mi padre siguió andando conmigo sobre los hombros. Yo hacía como si fuera*

montado en un elefante.

Eddy no paró de hablar desde que salimos de Tamarac. Su cháchara era larga y extenuante. Recuerdo que antes de quedarme dormido, alcancé a oír parte del resumen que me hizo de su vida. Su pasión por los extraterrestres era el último mohicano de una larga cadena de hobbies por los que transitó. La “prestidigitación” —Eddy disfrutaba cuando decía esa palabra—, fue el primero y el único que logró compartir con Sótero. Cosa por demás comprensible si se toma en cuenta que el viejo era, a su vez, un sobreviviente del *jogging*, el Kung Fu (hasta la extraña muerte de Bruce Lee), la lectura del Tarot, el Tantra Kundalini. Lo del Valium —aclaró— fue consecuencia de enterarse del vicio de Sótero. Las regresiones a otras vidas y su membresía en el Rotari las practicó alternadamente. Después del café, le pregunté si no le llamaba la atención el espectáculo hípico. Me respondió que prefería los galgos.

—Son los animales más inteligentes del mundo —dijo—. Casi puedes hablar con ellos.

El lago Okechobee a esa hora del mediodía tenía la quietud de un estacionamiento vacío. Era un yermo cerúleo recortado por los bordes de la autopista 70. Vi mi reloj y calculé unas cuatro horas y media hasta Sarasota.

—Eso dicen también de los delfines y los gatos —me burlé.

—Hay algo en los caballos que no me gusta —reflexionó Eddy—. La nobleza se les extingue apenas sientes una de sus patas en las costillas.

—Me llevo bien con los caballos —iba a decir “solía”, pero no era el momento para confesiones. Ya con Sótero había tenido suficiente. Hice una pausa. Después agregué: —Hay gente que le ocurre algo parecido con los ovnis. Es una cuestión de fe.

—¿A qué te refieres? —inquirió Eddy, herido.

—A que puede que no existan. A que sólo sean una manchita negra en una foto tomada por la abuela en un día de campo. Y hay algo peor: se han convertido en un género cinematográfico. Como las películas de vampiros y las *Road Movies*

—¿Las qué?

—*Road Movies*. Esas películas en las que unos tipos metidos en un carro —un Mustang, por ejemplo— hacen un largo viaje en busca de sus destinos.

Me sentí ridículísimo al decir eso último.

—Como *Easy Rider*, ¿no?

—No la vi —dije. En ese momento tomé conciencia de mi precaria cultura cinematográfica. Pensaba que el género partía con *Thelma & Louise*.

—¿Sabías que Stanley vivió una experiencia *Ubik* en el año 74?—dijo Eddy agarrando vuelo.

Miré a Stanley. Su experiencia parecía provenir más bien de una dosis de heroína rendida.

—Ha debido de ser espeluznante —le dije, siguiéndole la corriente.

—Cagante, diría yo —apostilló Eddy—. Fue en Tulsa, a principios de los setenta. Unos visitantes lo subieron “a bordo” para estudiarlo. Lo soltaron en México como a los cuatro meses.

Eddy tenía una modulación juvenil en su tono de voz. Si uno cerraba los ojos y se limitaba a escucharlo, daba la impresión de no tener más de veinticinco años. Esta ilusión se desvanecía cuando utilizaba modismos de *su* juventud. La palabra “cagante” no es usual escucharla en estos días.

Entonces me decidí. No sé por qué, pero creo haber tenido una premonición.

—Por las características —dije en tono pedagógico— supongo que eran exploradores del

substrato Lörk.

No estaba seguro si se pronunciaba Lörk o Lörch; el locutor del canal INFINITO —donde vi el documental— era argentino y, con esta gente, nunca se sabe. Tomé aire y proseguí:

—Los que regresan de esa experiencia jamás vuelven a ser los mismos. Los lörkianos (aquí engolé la voz) son, en esencia, científicos. Toman patrones humanoides para someterlos a exhaustivos análisis bioquímicos y moleculares. Sus pesquisas se orientan en dos vertientes: la transmutación de los átomos primigenios y los reflejos sexuales como garantía cuántica de la reproducción y la supervivencia. Los relatos de los ubikianos están llenos de luces incandescentes, sondas punzopenetrantes y oblitos de cuarzo en el cuerpo.

—Veo que te interesa el tema —dijo Eddy, sin disimular su sorpresa.

—No a la manera Spielberg —dije, dogmático.

Advertí en el viejo una sonrisa tierna y cansina, similar a la de una recién parida acunando su criatura.

—Cuál fue el problema que tuviste en Caracas. Sótero no supo explicarme bien.

Afortunadamente la malanga que le vendían a Sótero tenía doble efecto: si bien te desataba una incontinencia verbal que podía resultar peligrosa, otro de sus efectos colaterales consistía en borrarte del disco duro hasta tu propio nombre. Por ejemplo, entre los archivos que se le volaron a Sótero, estaba el de mis últimos días en Caracas. Sin duda terribles. Para el momento en que me decidí llamar a Hossana, llevaba tres días con sus noches escondido en el apartamento de una amiga. Jhonny me perseguía con un encarnizamiento digno de Tommy Lee Jones en *El Fugitivo*. El viejo había jurado trazarme un puente de pólvora entre las dos cejas. Mi aventura reciente con Lourdes me salvó la vida. Fue ella la que me albergó cuando ya no tuve un miserable hueco donde esconderme. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, dijo, no sin entender demasiado la excusa fraudulenta que ensayé para justificar aquel timbrazo en la madrugada.

Y es que nada habría ocurrido si a Jhonny no se le hubiese metido en la cabeza la peregrina idea de jubilarse. En un principio no lo tomé en serio; pensé que se trataba de otro de sus caprichos. El viejo era así, un día quería las cosas azules, al otro anaranjadas. Sus antojos eran surreales. Un día puso a narrar a una candidata al Miss Venezuela. Así era Jhonny. Pero la realidad era otra. Ya el viejo se sentía cansado; sin ánimos para seguir pastoreando su rebaño. Sus ausencias en el palco se hacían cada vez más frecuentes. También los problemas.

Un sábado, a la altura de la cuarta carrera, comprendí que dependíamos más de la cuenta de Jhonny. O en todo caso yo, que en verdad llegué a creerme la estupidez de leerle la mente a los caballos. ¿Tienen mente? ¿Cuáles caballos? Jhonny me mantuvo flotando en ese líquido amniótico por ocho años. El desgraciado había decidido darme la nalgada.

Ese sábado en que Jhonny envió su primera señal, ya el rumor de su retiro se había convertido en una inminencia. Luego de que dejara todo listo en el palco, se esfumó como era ya su costumbre de las últimas semanas. Sólo que esta vez “olvidó” dejar mi principal instrumento de trabajo: la hoja de pronósticos, arma secreta con la que me había labrado un nombre en el mundo del comentario hípico. Sin ella yo no era más que un barquito de papel navegando en un tifón.

En las tres primeras carreras tuve suerte, si es que esta palabra significa lo que significa. En la cuarta —que era válida para perfecta— supe que la realidad estaba a punto de alcanzarme. Tomé mis binoculares y enfoqué al *paddock*. Lo hice con ánimo concienzudo y metódico, intentando ocultarme a mí mismo el desamparo que sentía. El “Pavo” Noguera Mora le giraba instrucciones a Wloka. Parecía la escena de un padre que deja al hijo en su primer día de colegio.

Zerga, Bustamante y dos propietarios charlaban entretenidos, como si planearan (y disfrutaran) la bacanal de esa noche.

El sonidista y el narrador no disimularon su estupor cuando a escasos minutos para la partida me decidí por Resolana, una zaina desnutrida preparada por Crespo.

—¿Estás seguro?, Luciano —fue todo lo que atinó a decirme el narrador.

No estábamos en el aire para ese momento. Habíamos ido a comerciales.

—Es la que me gusta —dije tapando innecesariamente la esponja del micrófono con la mano. Advertí que ésta me temblaba.

—¿Está en la hoja? —insistió el narrador.

No le contesté.

—Tienes chance de dar otra.

—No hace falta.

—Te pasa algo. ¿Te sientes bien?

—Sí.

La mayoría de las participantes estaban dentro del aparato de largada. Resolana aún faltaba por cuadrar. Cuatro palafreneros batallaban con el animal. La faena resultaba inútil. Parecían enfermeros tratando de reducir a un loco. Alguien le tapó los ojos a la yegua con un trapo negro. La tomaron de la brida y le dieron dos vueltas en semicírculo. Entró mansa al aparato. El grito de partida del narrador atronó en mis oídos como un disparo.

La comida del Denny's me había sentado mal. No sé si fueron las panquecas con sabor a polímero o la mezcla letal del tocino con el huevo lo que hizo que mi colon se inflara como un pez globo. En realidad yo no estaba acostumbrado a comer de esa manera, incluso había adquirido el mal hábito de no desayunar. Pero sabía que Eddy no se iba a detener hasta llegar a Sarasota. Mi apremio visceral amenazaba con arruinar el paseo. La autopista 70 poco a poco se fue transformando en una vía breve de dos canales que cruzaba furiosa por unos naranjales ambarinos. En poco tiempo dejamos a Okechobee atrás.

—Si te interesa el *fenómeno* tengo algo de literatura —volvió a la carga Eddy, no bien entramos en Arcadia.

Según mi mapa, Arcadia era un pueblo (una ciudad más bien) de dimensiones un tanto mayores a Okechobee. Tenía dos ciudades vecinas: Palmdale y Punta Gorda. Hacia esta última bajamos tomando la Primary State 17. En Punta Gorda conectaríamos con la 75 y de ahí directo a Sarasota.

De la 17 a la 75 el trayecto estuvo lleno de nombres. Algunos puedo recordarlos, aunque parezca insólito. Creo que Eddy y Stanley hablaban de criminales nazis o algo por el estilo. Al menos eso deduje cuando escuché nombres como: Fritz Leiber, Van Vogt (que yo confundí con Van Gogh), Stanislaw Lem, Ursula Le Guin, aunque creo que ésta última era espía rusa. Después se pusieron a hablar de peloteros: Coni Willis, Philip K. Dick, Arthur C. Clarke —éste de seguro pitcher—, Glen Runciter, C.J. Cherry. De chefs también hablaron: Olaf Stapledon, Michael Moorcock.

J.G. Ballard y Carol Lucille Moore me sonaron a comediantes.

—¿Sabías que los avistamientos de entidades no son nada nuevo, Luciano?

Por el tono de voz supe que mis clases habían comenzado de nuevo. Fijé la vista en las rayas blancas de la carretera.

—Hay pinturas rupestres de ovnis halladas en Tasili, Argelia. Tienen entre 8.000 y 11.000

años de antigüedad. Filippo Lippi, ¿sabes quién fue Filippo Lippi? ¿No? Bueno, un pintor italiano, como es obvio, pero ¡del siglo XV!, y ¿sabes qué? fue el primero en registrar de manera clara y nítida una astronave. ¿Luciano? Hay un cuadro de Lippi que está expuesto en el Palacio Antiguo de Florencia: *Virgen con el niño Jesús y San Juan*, es el título. Yo vi el cuadro el año pasado. El motivo es idéntico al de cientos de pinturas renacentistas de vírgenes con el niño cargado. Hasta ahí todo bien. Incluso en la composición están los dos angelitos gorditos, esos que representan una virtud distinta cada uno. ¿San Juan? Claro, San Juan. Se ve chiquitico en el fondo del cuadro. Tiene un perro al lado. Pero el “lomito” está en la parte superior derecha, justo arriba del santo. Ni con una Nikon se hubiese captado mejor. Es el primer documento, a color, que tenemos de una nave exploradora. Se ve clarita: cúpula achatada, disco romboide infragiratorio, destellos gaseosos fluorescentes. San Juan mira la nave con una mano haciéndose visera. Qué me dices.

—Increíble. Según eso, San Juan vendría a ser algo así como el primer ufólogo.

—¡Oye!, no lo habíamos pensado.

La vista ahora la tenía fija en la base del espejo retrovisor. El sol la había blanqueado como si le hubieran echado lejía.

Los exploradores de Lörk —siguió Eddy—, efectivamente, son científicos. Se interesan por todo: costumbres, enfermedades, tipos de raza. Esas pinturas rupestres no son casualidad: *siempre* nos han estudiado. Se cree que intervinieron genéticamente en el desarrollo de esas tribus antiguas.

Ahora comenzaba a entender lo de los nazis.

—Sabes cómo aterrizan las naves.

—No.

—Imagínate una hoja seca en otoño desprendiéndose de la rama de un árbol.

Lo hice. La imagen me gustó.

—¿Y los aviones? De noche todos los aviones son pardos —ataqué, revisionista.

—Ningún avión puede desarrollar las velocidades y los movimientos bruscos de los ovnis: 14.000 kilómetros por hora, aproximadamente. Tampoco pueden volar en silencio; ponte debajo de un avión cuando despega. La explicación es que utilizan el “cambio de polaridades” para sus desplazamientos.

—¿De qué tipo era la nave donde retuvieron a Stanley? —inquirí.

—Nodriza —respondió Eddy.

—¿?

Stanley dijo algo que no entendí. Su voz parecía flotar en el interior de la camioneta.

Madre nodriza o portadora —aclaró Eddy—. Son objetos enormes. Raras veces se acercan al suelo. De ella salen los ovnis más pequeños, las exploradoras, que son las que *vemos* con más frecuencia. Pueden medir de dos a cincuenta metros. Después están los *Foo Fighters*, que ni yo mismo sé que son.

Tenía rato mirando el borde derecho de la carretera. Esos ansiolíticos del camino que son los avisos de carretera se sucedían uno tras otro. Placida, Englewood, Venice. Cuando vi el de Sarasota (120 miles), sentí lo mismo que cuando se pasa por debajo del que dice “Barcelona”, en pleno distribuidor Chacao de Caracas.

Había sido un milagro que mis intestinos soportaran casi tres horas y media con semejante carga inflamable.

—¿Cuánto falta para una bomba? —dije, lastimero.

Eddy se asustó. “Bomba” le sonaba más a tipos con turbantes y ametralladoras, que a la mezcla vernácula de gasolina con agua, sándwich de pernil y ositos de peluche.

—¿Bomba? —repitió, aterrado.

—Sí. Una gasolinera.

—Para qué. Todavía tenemos medio tanque.

Lo tenía a tiro para ahorcarlo, pero no me atreví a hacer ningún movimiento brusco. Se volvió a mirarme. Mi inmovilidad le resultó sojuzgadora. Siguió sin entenderme. Le iba a decir que me estaba cagando, pero hasta en los peores momentos suelo guardar prestancia.

—Necesito ir al baño —dije con quejidos de fondo.

Si la estación de servicio no hubiese aparecido, como providencialmente apareció a los pocos metros, no sé qué hubiera pasado.

Sentado en la poceta, traté de poner en orden mis intestinos y mi conciencia. De pronto supe que el *castigo* que pretendí darle al viejo Jhonny por el asunto de la hoja de pronósticos no era en el fondo sino una excusa para evitar que nos abandonase.

“Si el viejo nos deja, esto se acabó”, recuerdo que le dije al narrador una noche en que nos emborrachábamos en un bar. Hay que quitarle la “intención”, me dijo. No entiendo, le dije. Es muy fácil, dijo. Es como esos caballos velocistas. Si en la partida sufren un tropiezo pierden la *intención*, las ganas de correr. Se amugan, intentó aclarar. A Jhonny hay que darle su “tropiezo”. Esa es la solución.

Me intrigaba saber dónde se metía Jhonny cada vez que desaparecía del palco. Un domingo lo seguí. Mi sorpresa fue enterarme de que no se alejaba mucho del rebaño. Estaba a un paso de nosotros, en la tribuna A (como sabe todo el mundo, nuestro palco está en la B). Ahí lo vi, en uno de esos bares regentados por jockeys retirados y arruinados. Fue un espectáculo bizarro verlo con su costoso traje, bebiendo cerveza en vaso plástico y rodeado por dos tipos con aspecto de asesinos en serie. Uno de los individuos aferraba un maletín marrón contra su pecho, como si en cualquier momento alguien se lo fuera a arrancar de las manos. Jhonny no se despegaba el teléfono celular de la oreja. O por lo menos no lo vi hacerlo en el tiempo que lo observé. Mientras hablaba, gesticulaba y movía la mano libre como si estuviera ordenando un ataque aéreo masivo.

El tiempo que me quedé observando —tres carreras— fue suficiente para enterarme de qué se trataba todo. Yo no estaba muy lejos de la mesa donde se encontraban los tres hombres. Jhonny parecía una estatua de sal mirando por el circuito cerrado los dividendos aproximados. A una imperceptible orden del viejo, el tipo del maletín se levantaba seguido por el otro. Cuando llegaban a la taquilla —que estaba un poco retirada de la mesa—, los dos hombres se ponían a hablar con el cajero. Hacían tiempo. A un minuto y medio para la partida (esto lo vi en dos oportunidades), Jhonny cerraba el celular y buscaba con la mirada a sus colaboradores. Con dos o tres señas que hacía con las manos (que no alcancé a ver desde mi posición), daba la orden final. El tipo del maletín, con unos movimientos rápidos y precisos, extraía unas gruesas pacas en billetes. Se las entregaban al cajero y recibían el boleto. Luego volvían a reunirse los tres en la mesa. Al finalizar la carrera, el sujeto del maletín se sacaba el boleto del bolsillo y se lo entregaba al viejo. Este, con gesto displicente ¡y sin ver siquiera el boleto!, lo rompía.

Tardé en comprender que aquel teatro del absurdo era en realidad un movimiento de apuesta genial. El dinero del maletín sólo servía para “saturar” la jugada de un caballo sin chance. Esto hacía que por paradoja matemática el dividendo del favorito (y lógico ganador) se disparase a la

estratosfera. Ahí era donde intervenían Jhonny y su inseparable teléfono para jugarle sumas astronómicas al favorito de la carrera.

Esa noche tuve una idea. Creí haber hallado el “tropiezo” que alejaría a Jhonny de su entelequia de arenas blancas, whisky con agua y muchachas en bikini. En realidad iba a ser sólo un susto, pero algo salió mal.

Creo que todo salió mal.

Mi plan (no sé por qué lo sigo llamando así) constaba de varias fases operativas: 1) neutralizar a los secuaces que acompañaban a Jhonny, 2) lograr que el viejo me dejara encargado del maletín, 3) aprovechar un descuido y cambiarle la batería del celular por una descargada, 4) jugarle la suma del maletín al favorito de la carrera, 5) entregarle un boleto falso a Jhonny.

Se me criticará que dejé muchas cosas al azar, pero, ¿es que acaso no estábamos en el hipódromo?

De los colaboradores de Jhonny se encargaron unos amigos policías que me debían favores. El día del *plan*, efectivamente, no aparecieron y creo que después tampoco. Que Jhonny me confiara el maletín no fue tan arduo como yo esperaba. Ese sábado llegué lo suficientemente tarde al palco. Saludé a los muchachos del equipo y, con cualquier excusa, me fui sin decir dónde. Al llegar a la pocilga donde estaba el viejo lo noté apesadumbrado. Al verme se sorprendió bastante. Supongo que yo era la última persona que esperaba encontrarse. Le inventé un problema con el sistema eléctrico de transmisión, pero su interés estaba concentrado en el reloj y en la segunda carrera.

—¿Y ese maletín? —pregunté.

—De un amigo. Me pidió un favor.

—Debe ser un *gran* favor. —Noté que a Jhonny no le hizo gracia el comentario.

—Está en Aruba y quiere que le juegue una suma a su caballo. Es en la segunda carrera.

—La segunda es dentro de cinco minutos —dije, viendo el monitor del circuito cerrado.

—Necesito que me ayudes en algo —dijo con un dejo de resignación.

Sacó el teléfono de un bolsillo de la chaqueta y marcó un número.

—Lo que quieras —dije, servicial.

—Antes de la partida, te me vas para aquella taquilla con el maletín —la señaló con la boca —, cuando yo te avise, le juegas todo a Kibu, el número siete.

—¡Por Dios, Jhonny!, tu amigo es un pozo de fe. Ese caballo no tiene ningún chance.

Jhonny no me prestó atención. El número que marcaba en el celular insistía en estar ocupado. Tiró el teléfono en la mesa y me entregó el maletín.

—Voy al baño —dijo.

A partir de ese momento todo comenzó a torcerse. La batería descargada que traje para el recambio no era la misma que utilizaba el teléfono de Jhonny. Cuando éste regresó del baño, apenas faltaban dos minutos para la partida. Cogió el teléfono y marcó su número. Con los ojos me apremió para que fuera a la taquilla.

Mientras iba hasta allá, me consolé pensando que si bien la faena no iba a ser completa (demasiadas cosas al azar), al menos jugándole la cantidad del maletín al favorito de la carrera tendría la oportunidad de hacerme con algún dinero. Dinero que, pensé, no le dolería al viejo.

Pero como dije antes, estábamos en el hipódromo: Kibu ganó.

Fui afortunado en que Jhonny siguiera fiel a su costumbre de no mirar el boleto; aunque esta vez no lo rompió sino que lo guardó cuidadosamente en un bolsillo. En sus ojos pude leer

claramente que había jugado por teléfono hasta el último centavo al favorito. El falso boleto que le entregué era su única esperanza de salvar algo de la fortuna que perdió.

—Tu amigo tiene suerte —le dije, imaginándome volar por las escaleras.

—Sí, el desgraciado tiene suerte —ripostó, como si hablara consigo mismo.

Cuando Jhonny al fin pudo entender la explicación que le daba el taquillero sobre su boleto, volteó a la mesa en busca de alivio. Todo lo que vio fue la luz del monitor reflejándose en la piel brillante del maletín. Yo estaba a pocas zancadas de ganar la calle.

Al llegar al mirador de Sarasota el cielo había adquirido un tono rojizo. El sol en el horizonte se hundía poco a poco, como un buque en un océano de aguas inflamadas. En mi vida había visto un espectáculo tan irreal, aunque no sería el último que *vería* esa tarde.

—Se me olvidaba, Luciano —dijo Eddy mientras sacaba el telescopio de la camioneta—, cuando fuiste al baño recibí una llamada de Sótero en el celular. Unos amigos tuyos de Caracas pasaron a visitarte. Dijeron que regresaban mañana.

—¡Miren! Arriba —grité.

—¿Dónde?

MISS NUEVA ESPARTA

Querida Chumico:

Si la memoria no me falla, la última vez que te vi fue en aquel comercial de Lavansán, ¿te acuerdas?, aquel que hiciste con el cantante de Daiquirí. Eso debe haber sido a finales de los ochenta, supongo. Yo por esa época ya estaba casada con Chacón Rangel; el capitán de la Guardia que te presenté una vez. El hombre me salió malísimo, por cierto. Pero no vamos a hablar de eso, ¿no?

Sabes, cuando estoy acostada en mi cama me da por recordar los viejos tiempos. Qué bellas y qué ingenuas éramos. Tú andabas conmigo cuando Osmel nos dio la tarjetica en la boutique de Las Mercedes. Recuerdo que no te hacías muchas ilusiones. Yo, por el contrario, me veía con mi banda y mi corona saludando al público. Pero ya ves en qué resultó todo. Te causará risa que te diga esto ahora, pero hasta he llegado a pensar en que hubo un complot en mi contra. Analízalo y verás que razones me sobran.

Para empezar con aquel traje que me escogieron para el desfile de gala: parecía la Sayona pero con hombreras. Luego aquel peinado horrendo de nido de tucusito. Te juro que llegué a pensar que de un momento a otro se me iba a posar un pájaro en la cabeza. Ya con eso era más que suficiente para hundirme. Sin embargo, la gota que derramó el vaso fue el asunto de los tacones. La prensa gozó un imperio bautizando la cosa como “La noche del serrucho”. Siempre sospeché de Vargas, la envidiosa esa, aunque uno de los maquilladores me dijo que había visto a Carabobo encerrarse en el baño con mis zapatos. Tú me prestaste los tuyos, ¡pero yo soy tres tallas menos, imagínate! Por poco se me fractura la columna tratando de mantener el equilibrio en aquellos zancos. Resultado: ningún jurado iba a premiar a nadie chancleteando y con una batola de lamé y canutillo.

Pero no todo fue malo, ¿verdad? Nunca nos divertimos tanto como en aquellos días. Qué energía, mana. Teníamos un piso completo en el Sheraton para nosotras solas. Qué cómica era Apure, ¿te acuerdas?, la que se pasó dos días encerrada en la habitación con Gilberto. Pues en estos días la vi en Pampatar. Está gordísima. También la vi vieja y como zarandeada. Se ve que ha llevado lo suyo.

Pero como te dije, luego del concurso me casé y me divorcié. De pronto me vi en ese limbo de veinteañera soltera y desocupada a la que nada satisface. Vendí mi apartamento y me fui un año a Londres a estudiar inglés. Al mes de haber llegado me puse a vivir con un pintor catalán. Se llamaba Jordi y creo que me enamoré. No vendía un cuadro pero a mí eso no me importaba en lo más mínimo. Vivimos con el dinero que llevé hasta que ya no me quedó una sola libra. Entonces

Jordi desapareció. Para ese momento vivía en Notting Hill, un lugar relativamente económico (los alquileres en Londres estaban por las nubes) que sin embargo me resultaba carísimo. No me quedó más remedio que mudarme adonde mi presupuesto me lo permitió: una *chambre de bonne* en la parte más fea y más triste de Chelsea. Allí viví (es un decir) mientras me las ingeniaba para conseguir el dinero para regresarme.

A Caracas regresé limpia y despechada. Por ese tiempo tenía una tía viviendo en La Candelaria. Aceptó recibirme con el cariño y el amor de siempre. Tal vez por ello fue que me pareció necesario y hasta lógico intentar regresar al medio artístico; no quería convertirme en una carga, menos para mi tía. El único problema era —y efectivamente fue— que ya nadie se acordaba de mí. ¿Quién iba a estar acordándose de Miss Nueva Esparta 82' cuando ya la Organización fabricaba niñas perfectas, niñas que pasaban del certamen a las telenovelas sin secarse siquiera las lágrimas?

Sin embargo, tú me conoces, no soy de las que se quedan paralizadas. Moví algunas palancas y hasta me conseguí un manager. Éste, no sin esfuerzo, logró colarme en el reparto de *Te quiero, Graciela*. Por ese entonces yo tenía 29 años pero el productor (al que odiaba) me asignó un papel de tía solterona. ¡Tú has visto! La novela fue un fiasco. La cortaron en el capítulo 60, cuando mi personaje comenzaba a tomar fuerza.

Parece mentira, pero a partir de aquel hecho las cosas comenzaron a torcerse. No me preguntes, pero fue como si sobre la novela hubiese caído una maldición que irradió al elenco o como si mi destino —asunto en el que no creo— ya estuviera escrito en el libreto no utilizado de *Te quiero, Graciela*.

Conocí a Fabio en uno de los tantos cocteles que ofreció el canal para promocionar la novela. Era bello y me encandilé. En realidad me enamoré como una coneja. Enamorarse así es la peor tontería que una mujer puede cometer. Era súper atento, tierno y detallista. Podía conversar conmigo horas sobre temas que aburrirían a cualquier hombre. Era increíble cómo podía adelantarse a mis gustos, a mis debilidades y mis anhelos. Pensé que me había sacado la lotería. También llegué a creer que era gay. Sin embargo, todo se redujo a una enseñanza que jamás olvidaré: la búsqueda del hombre perfecto no es más que un delirio de quinceañera. Un delirio que puede pagarse caro a los treinta.

No sé cómo no me di cuenta desde un principio. Pero, ¿quién iba a sospechar de alguien que se vestía como el príncipe de Mónaco y pagaba cuentas astronómicas como si estuviera dejando propinas?

Un día me pidió un favor.

La idea de un fin de semana romántico en la playa me resultó tentadora. Fabio *necesitaba* enviar un lote de carteras de cuero a una tienda en el *If Mall* de Curazao. El plan era encontrarnos allá luego de que él resolviera algunos asuntos en Caracas.

Lo que pasó después es más o menos conocido. La prensa estuvo vendiendo periódicos a costillas mías durante tres meses. No creo que valga la pena contarte los tres peores años de mi vida que vinieron a continuación. No, no vale la pena. Pude librarme de aquello gracias a unos favores que le debían a mi ex marido —una de las pocas cosas que le agradezco—. Salí pesando treinta y ocho kilos con ropa puesta y mi aspecto era más cercano al de una momia inca que al de la pupila de Joaquín Riviera que una vez fui.

Pero lo importante es no dejarse morir.

En el canal también había conocido a Jesse, un muchacho margariteño que bailaba en el Gran

Ballet de Venevisión. Qué solidario y buen amigo era. En dos vacaciones vino a visitarme a Curazao con su pareja. Fue de las pocas personas que se ocupó de mí cuando todos me dieron la espalda. Apenas me dejaron en libertad, me ofreció su casa en Margarita y yo no lo pensé demasiado.

Mi estado, como creo haberte dicho, era lamentable. Apartando lo delgada (una delgadez que me cuesta trabajo describirte), el cabello se me había convertido en una mopa horrenda de rastafari. Pareces una medusa, decía Jesse. Sí, pero desnutrida y triste, le contestaba.

Te parecerá insólito, pero recuperar los kilos fue lo más difícil de lograr. Llegué a aborrecer la avena y el fororo. La mamá de Jesse me preparaba unos menús tan descabellados como efectivos. Pretendía traerme de regreso al universo de los seres sanos y rozagantes a punta de pasticho de cazón y lebranche relleno con garbanzos. Esas imposibles combinaciones (que recuerdo con más asombro que asco) obraron el milagro de insuflarle viejas glorias a lo que me quedaba de nalgas.

Poco a poco fui recuperando mi antigua forma. En el cabello gasté una fortuna que no he terminado de pagarle a Federico, mi cosmetólogo. Federico trabajó por años en el Comité Venezolano de la Belleza. Era asesor, creo. Para mí fue una bendición encontrarlo trabajando en *Don Lolo* de la Santiago Mariño, aunque era evidente que tampoco estaba pasando por una buena racha. Sin embargo, aún conservaba su ojo clínico, un ojo clínico que le valió enemigos, cómo no, pero que también lo ayudó a hacerse de un nombre dentro de la Organización. Sus teorías sobre la belleza femenina eran de una crueldad naturalista que ponían la piel de gallina. A mí, por el contrario, me fortalecían y me animaban a salir adelante. Recuerdo una con especial afecto:

“Para ustedes ser bellas es un esfuerzo enorme. Ser fruta sin pudrirse, aferrarse a las ramas de los árboles para flotar y evitar caer en la tierra con su efecto instantáneo de arrugas y flacidez, es la lucha más desigual y descarnada que he visto sostener a un ser vivo. Es la tragedia que más he admirado, venerado y, como bien sabes, presenciado las consecuencias”.

Luego de mi recuperación, a Jesse le hicieron una oferta en Caracas y se marchó. Me dio pena seguir molestando en su casa y opté por mudarme. El poco dinero que me quedaba se me evaporaba con una rapidez pasmosa y, para colmo, la isla pasaba por una de sus peores zafras.

Fue entonces que una luz se encendió. Tenue, sí, pero una luz al fin y al cabo.

Estando en Curazao conocí a una chica holandesa. Era stripper y, al igual que yo, también había tenido problemas con los perros en el aeropuerto. Todavía debe estar purgando condena. El hecho es que una noche la vi en el patio de internas. Yo estaba recién llegada. Una semana, dos tal vez. No me hubiese fijado en ella a no ser por la rueda que le hicieron cuando comenzó a contonearse agarrada de un poste de luz. Pensé que la tipa se había vuelto loca. El confinamiento te puede desencadenar las más insólitas formas de locura. Las muchachas que le hacían el corro gritaban y aplaudían con una mezcla de alegría y cansancio. De repente la chica —que se llamaba Airaf, aunque esto lo supe después— empezó a treparse en el poste. Me llamó la atención que utilizara muy poco las manos para esa faena. Se ayudaba con la presión que ejercía con la cara interna de sus muslos. La hazaña, no sé por qué motivo, me invitó a unirme al grupo. Cuando su rostro estuvo lo suficientemente cercano de la bombilla advertí, por sus facciones, que era más joven de lo que supuse. Allí hizo una pausa. Entonces echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda como un trozo de metal al rojo vivo. Sin otra ayuda que sus muslos, se abandonó en una caída vertiginosa que me heló la sangre. El poste tendría unos cuatro o cinco metros de altura. Al saberse a la mitad del trayecto, frenó bruscamente. En una pirueta (que me pareció suicida), se

abrazó de nuevo al poste y se colocó boca abajo. Estiró el cuello y abriendo los brazos como si fuera una clavadista o un ángel, inició de nuevo el descenso. El patio se sumió en un silencio sobrecogedor. Las manos me comenzaron a sudar. El asunto tenía algo de circo, de rito de fertilidad y de película de terror. A centímetros del suelo, se detuvo nuevamente utilizando el empeine. Con un *flip-flap* que sólo le he visto ejecutar a las gimnastas rumanas, se incorporó de cara al poste y, a horcajadas, como si bajara en un rapel imaginario, le dio punto final al número.

Si me lo preguntas ahora, no sabría responderte qué me impulsó a plantearle a Airaf lo de las lecciones. Tal vez haya sido una premonición. Quién sabe. Lo cierto es que apenas la vi sola me le acerqué y le propuse un trato.

—Te va a costar diez cajetillas —me negoció en un inglés con demasiadas consonantes.

—Me parece bien -dije a mi vez con un inglés aun peor. Ambas nos echamos a reír. Ambas sabíamos, en el fondo, que tanto sus lecciones como mi pago en humo eran extremos de una misma cuerda.

Según supe luego, Airaf había sido una de las mejores *table dancer* del *Red Light District* en Ámsterdam. Tenías que verla en acción. No sorprendía tanto su técnica (que era depuradísima) como su entrega al momento de atacar el tubo. Eso fue lo que más me costó entender y aprender. En ella todo parecía natural. Tenía la gracia y el duende de quien se sabe en posesión de un don, y lo de ella era un don, de eso no había duda.

Con el tiempo fui asimilando giros, ascensos y descensos con devoción religiosa, casi mística. Pronto perfeccioné lo aprendido y le agregué algo de mi propia cosecha. El toque latino, decía Airaf. Tenía todo el tiempo del mundo para esos ocios. Lo que nunca sospeché fue que aquel *pasatiempo* iba a cambiar radicalmente mi vida.

La situación en Margarita, como te dije, no era la mejor. Los turistas brillaban por su ausencia y la isla, lejos de ser un centro vacacional, parecía más bien un una colonia de apestados. Por ese tiempo el “Goldfinger’s” acababa de abrir sus puertas. “Están buscando talentos”, me dijo un amigo de Jesse, también coreógrafo. *Talentos*, esa fue la palabra que usó, puedes creerlo. Cuando le comenté sobre el tubo, Airaf y las clases, se me quedó mirando como si yo fuera una extraterrestre. Ese tipo de show aún no era totalmente conocido en el país y eso, pienso, tal vez lo espantó.

—No te asustes —le dije—: sólo me subo y hago algunas figuras. Es como en el circo, sólo que sin ropa.

Dentro del local estaban construyendo una churuata inmensa. Era apenas el esqueleto. Parecía una sombrilla pillada en medio de un ventarrón. La base estaba fijada en el techo y era de bronce pulido. Me pareció una verdadera extravagancia eso de usar bronce en lugar de madera. Pero así era el dueño, que entre otras cosas parecía la encarnación lusitana y hedionda del mafioso de películas. También él me vio raro cuando le expliqué en qué consistía mi show. Lo curioso era que su mirada, lejos de ser de sorpresa, era de avidez.

—Súbase ahí —dijo señalando con los labios fruncidos la base de la churuata.

El sitio aún olía a pintura fresca y a alfombra recién instalada. Predominaban el rojo y el negro. También el plateado, el fucsia y los espejos. Los sillones de mimbre y las frutas de cerámica sobre las mesas le conferían un fraudulento aire tropical a la decoración.

Camino a la armazón me pareció prudente ahorrarme la coreografía previa al ascenso; no necesitaba *calentar* el ambiente con esos movimientos más bien forzados y un poco tontos que aburren al cliente y consumen la mitad de la canción. Al quitarme el blusón comenzó a sonar una

música extraña. Unos acordes que parecían ser una mezcla absurda de calipso y jazz, pero que luego pude identificar como *Maybe i'm a fool*, una canción que cantaba Aretha Franklin cuando estaba flaca.

¿Qué cómo me fue? En verdad no puedo quejarme. Lo demuestra el hecho de que fui la atracción principal del “Goldfinger’s” por siete años. La reina que siempre añoré ser. También hice algún dinero (no mucho, no vayas a creer) que me ha dado algo de estabilidad. Sin embargo, mi mayor ingreso nada tuvo que ver con eso. Aunque tal vez sí, ahora que lo pienso.

En uno de mis últimos shows (ya estaba próxima a retirarme), sucedió algo que por las características del hecho me atrevería a calificar de insólito, pero que, bien visto, no es más que una de esas dádivas que la diosa fortuna suele regalar.

La noche, quiero decir el ambiente nocturno, a veces ayuda a desarrollar cualidades que ni sospechas que posees. Cualidades que suelen ser utilísimas sobre todo si trabajas a oscuras y con borrachos. Fue gracias a esa cualidad y mientras realizaba un descenso invertido, que pude entrever en la penumbra el rostro de Fabio.

Por primera vez en muchos años las piernas me flaquearon —cosa peligrosísima, como te podrás imaginar—. Tuve que hacer acopio de fuerzas para no estrellarme contra el piso. El acto lo recorté tan abruptamente que algunos clientes se dieron cuenta y protestaron. Habían venido a ver mi acto, eso estaba claro. Como pude corrí a mi camerino y me encerré a llorar como una desesperada. Al cabo de un rato me sentí mejor. Me lavé la cara y me maquillé con esmero. Le pedí prestado un leotardo a Natasha (que me quedó algo ajustado) y salí al salón.

Fabio se había mudado a uno de los sofás de cuero, un privilegio reservado sólo a clientes especiales. Rudy y Verónica lo flanqueaban prestas a iniciar la operación desplume, una rutina en la que ambas formaban una dupla de temer. Las muchachas en un principio se sorprendieron cuando les hice una seña para que se retiraran. Sin embargo, para algo tenía que servirme todos los años que le entregué al local.

Fabio me reconoció en el acto.

Tengo un amigo alemán, un loco divino, que pasa seis meses en Hamburgo y el resto en una choza escondida por los lados de Manzanillo. Cuando no está ejerciendo de ermitaño tropical, yo me encargo de la guarda y custodia de la choza. Me acordé de la llave en mi cartera cuando Fabio me susurró en la oreja: “vámonos”.

Casi amanecía cuando llegamos al sitio. El estado de Fabio, demás está decírtelo, era deplorable. A duras penas podía sostenerse en pie. Sin embargo, y esto me llamó la atención, se preocupó por bajar de la camioneta parte del equipaje que traía. Un bolso y un maletín que le sirvieron de contrapesos para no irse de lado.

—Regreso en un momento —le dije y me encerré en el baño. Junto con el leotardo también le había pedido a Natasha algo para dormir. Sólo tenía Valium. Me regaló una ristra con cinco grageas. “Tómame media pastilla”, me aconsejó.

Saqué las pastillas del empaque y las trituré una a una con el tacón. Deposité el polvillo en el estuche de mi labial y me puse a pensar en la dosis recomendada por Natasha. Hubiera querido tener la caja completa.

Cuando salí, Fabio parecía un bulto tirado sobre la cama. Roncaba con fiereza y cada cierto tiempo emitía unos murmullos ininteligibles. Me llevó cerca de diez minutos espolvorearle el contenido del estuche en la boca. A los veinte minutos dejó de roncar. Su respiración se tornó leve y apacible, como la de un recién nacido. Hasta me pareció que sonreía.

Llegado a este punto me senté en el borde de la cama a pensar. La escena, vista de fuera, hacía pensar en drama sexual, en ama de casa insatisfecha. Lo cierto era que no se me ocurría qué otra cosa hacer. En eso estaba cuando vi el bolso y el maletín.

En lo que respecta al bolso no creo que sea necesario decirte mucho en relación al contenido. Lo importante era *cómo* estaba. Te explico: lo que quiera que fuera aquella cosa blanca (aún lo ignoro), estaba envasada en paquetes de harina de maíz precocida. ¡Hasta la negrita del logo tenía pinta de traficante! El espectáculo me trastornó un poco, no te lo voy a negar. Me dio escalofríos, los mismos escalofríos que sentí en la aduana del aeropuerto de Curazao.

El miedo pronto se transformó en rabia y tuve el impulso de despertar al bello durmiente con un cuchillo de cocina. Pero esa idea la deseché de inmediato y me concentré en el maletín.

El maletín era de buena factura. Tenía esos seguritos de combinación que dan sensación de seguridad al propietario pero que son incapaces de resistir los requiebros de un alma curiosa. Al tercer golpe de piedra (una que conseguí en la cocina y que Hans utilizaba para ablandar carne) la pieza se abrió de par en par, como un coco. Como un sésamo.

Hasta aquí creo que es suficiente. No creo que te convenga ni te interese saber más detalles. Es lo mejor, créeme. Después no vamos a tener tema de conversación para cuando vengas.

Adjunto te envío el croquis de mi posada. No es lujosa pero te va a encantar. Es el lugar ideal para olvidar las penas de amor. Lo de tu divorcio te va a parecer una tontería al cabo de unos días, ya verás.

GRANDELIGA

I

Enorgullecerse de que un hijo herede los ojos azules de la abuela o hable corrido al año y medio de nacido me parece tan tonto como alegrarse de que el vecino se gane la lotería.

Ayer en la piñata de mi sobrino escuché a un niño talentoso recitar y tocar el cuatro. Fue entonces cuando caí en cuenta de una certidumbre que me abisma y me apena a la vez: supe que detrás de esa clase de niños siempre se halla un padre orgulloso y bobalicón arrogándose méritos que no le competen. Mi historia, como verán, es distinta, aunque ustedes sacarán sus propias conclusiones.

Nada más había que verle el cuerpo y los brazos a Keny cuando me cumplió los diez años. Era para ponerse a hacer cálculos. Para soñar un poco. Parecía un Hércules enano. A primera vista impactaba; tanto que su maestra y mi mujer llegaron a preocuparse. Yo no. Eso, en mi familia, puede que fuera de mal agüero, pero nunca la “elefantitis” que decía Rosalía que tenía.

Por esa época (aunque eso *ya* yo lo sabía) supe que mi hijo había nacido con las condiciones. Cuando digo “condiciones” me refiero a las que hay que tener para ser alguien en este país: buen brazo, poder y velocidad en las piernas. De lo demás —con excepción de la inteligencia— se encarga cualquier *Rookie League*.

Keny, al igual que mi tío y mi hermano, nació con esas aptitudes. Un privilegio que en la familia se ha pagado caro.

Calixto, el hermano de papá, poseía un talento nato para la pelota. Un talento que él estaba lejos de saber que poseía. Nunca jugó profesional. Sus mejores tardes de beisbol se las entregó a campeonatos interobreros, en terrenos sin grama ni público. Mi tío era una orquídea de pantano. Un talento realengo. Oportunidades le sobraron. Lo único que le faltó fue que viniera el mismísimo dueño de los Orioles a rogarle que firmara con su equipo. Pero, ¿qué se le podía pedir a alguien que nació para obrero? No lo culpo. Era otra época y el bueno de mi tío prefirió la serena certidumbre de una jubilación del INOS, al vértigo de un contrato multianual. A los cincuenta y tres años y en plena cola de un banco le dio un infarto esperando cobrar su cheque de pensión.

II

Con mi hermano las cosas fueron distintas, aunque yo hubiese preferido todo lo contrario. A principios de los sesenta firmó con un equipo profesional venezolano. Una franquicia que tuvo una vida efímera. Lo cierto es que cuando lo firmaron tenía diecisiete años, medía 1,90 y poseía el talante de los elegidos. Qué hermoso era mi hermano. Con semejante regalo de la naturaleza y su indisposición para los estudios, dedicarse al beisbol fue de las pocas decisiones mesuradas que tomó en su vida.

Eleazar apenas jugó dos temporadas en la liga venezolana. Nunca antes el término “destrozar la liga” fue más explícito para dar una idea de lo que mi hermano hizo en esos dos años. De estadísticas y averages no me pregunten; no me interesan los números. Lo que sí recuerda todo el mundo es que encabezó varios departamentos ofensivos y que amenazó seriamente con zarandear varios récords sagrados.

Ese olor a sangre fresca inevitablemente tenía que alborotar a las hienas.

Los reportes de los scouts daban cuenta de un diamante de demasiados quilates hallado en una mina de difícil pronunciación. Eleazar lo tuvo todo para llegar. O casi todo. Lo que pasó con él aún continúa siendo un misterio. Un misterio que sólo la familia conoce, pero que ya no vale la pena seguir manteniendo en secreto. Hay quienes dicen que no supo manejar la presión. ¡Los quiero ver! Poca gente hubiese podido soportar aquello. Mi hermano, que ni siquiera terminó el bachillerato, de buenas a primeras se ve descosiéndole la pelota a los pitchers importados. Mi pobre hermano, un muchacho más de la parroquia San Juan, de repente perseguido por los equipos más poderosos de las Grandes Ligas.

Hace cuarenta años el asunto era más silvestre, “beisbol romántico”, lo llamaban. Yo les voy a contar algo sobre el beisbol romántico: no existió nunca. Los muchachos de ahora la tienen más fácil, que lo digo yo. Los equipos grandes tienen hasta psicólogos que los ayudan a sobrellevar sus millones. La diferencia entre el beisbol de antes y el de ahora no es el romanticismo, son varios ceros a la derecha. De resto era y seguirá siendo el mismo negocio. Un negocio con lobos y ovejas.

Y de lobos era que estaba llena nuestra casa en La Pastora. Aquello era un hervidero de scouts entrando y saliendo a cada rato. Absolutamente todos intentaron sobornar al viejo con los ofrecimientos más insólitos. Mi papá, que era indio pero no pendejo, los sorteó con evasivas llaneras y sonrisas de fraile. La rebatiña duró hasta que el Loco Torres, que era amigo de la casa, un día se presentó con la solución:

—Mira, Rafael —le dijo a mi papá, sentados en la cocina—: los caballos no sirven para parrilla. Son muy bonitos, pero comen y cagan mucho. Si sigues esperando no lo van a querer ni en El Junquito. Vamos a subastarlo antes de que se pudra.

La solución del Loco no era ni atroz ni descabellada: era lógica. El presupuesto familiar se tambaleaba cada vez que Eleazar abría la nevera. Su salario con el equipo no era gran cosa y papá no ganaba lo suficiente como para sostener los requerimientos alimenticios del mamut que era mi hermano. Además ya había cumplido los veinte años; una edad en la que los peloteros o ya están adentro o nunca lo estarán.

Las cosas se harían al estilo americano, un “trayao”, decía el Loco.

La “subasta”, recuerdo, la pautaron para un domingo en la mañana. El sol en el Universitario

rebotaba de las gradas y le confería a la grama del outfield una tonalidad esmeralda que no le he vuelto a ver más. Un verde de bahía solitaria y melancólica que se acentuaba con el silencio reinante en el estadio.

El Loco se había esmerado en todos los detalles: citar a los scouts (más bien descartarlos), la jaula de bateo, los implementos, los ayudantes. Hasta una cava con cervezas aguardaba por la firma. Y todo hubiese salido a las mil maravillas a no ser por un evento que el Loco no previó o que jamás se imaginó que pudiera ocurrir. Yo estaba sentado en la tribuna de la derecha, justo detrás de la primera base, cuando lo vi frotando con parsimonia un bate, un bate más pequeño de lo usual y con una forma más bien cómica. No supe si lo limpiaba o le pedía un deseo.

El deseo le fue concedido dos horas después de la hora convenida. Eleazar llegó más amanecido que borracho, cantando una guaracha y sin saludar ni pedir disculpas. A mi papá y al Loco se les caía la cara de vergüenza. De los scouts, sólo se quedaron mister Mosley, de los Yankees, y un tipo bajito con un sombrero Panamá que representaba los intereses de los Medias Blancas. Los demás, ni que decirlo, no soportaron aquel desplante y hacía un buen rato que se habían marchado. No sé cómo el Loco logró convencer a los dos tipos de que “miraran” al prospecto. Aunque creo que las cervezas de la cava, de alguna manera, contribuyeron a que las palabras del Loco sonaran más elocuentes y persuasivas.

Eleazar se metió en el dugout y a los cinco minutos salió uniformado y con un bate en el hombro. Viéndolo caminar hacia la jaula de bateo, nadie se hubiese imaginado que llevaba a cuestas una noche de ron y merengue.

Cuando se paró en el home yo pensé que de un momento a otro se iba a derretir; ponerse debajo de aquella llamarada que era ese sol de mediodía era poco menos que un suicidio. La modorra con que empuñaba el bate y la lentitud de los swings eran tan sólo una impresión engañosa que los tañidos del bate se encargaban de despejar. Eran sonidos secos y cóncavos, como el galopar de un caballo en un piso de cemento.

Aquella música logró atraer un poco la atención de los dos scouts, más interesados en pescar una última cerveza de la cava que en las incidencias del terreno.

A cada toc-toc las caras de todos (incluyendo las de mi padre y del Loco) iban mudando de la incredulidad al asombro y de ahí a la avidez. El Loco comprendió que esa sería la única oportunidad que tendría Eleazar de que evaluaran su talento. Sin dilación, mandó a pedir otro tobo con pelotas. Las que no iban mansas a las gradas del centerfield le pasaban silbantes por las orejas al ayudante que servía los lanzamientos.

Como contrapunto, acaso como anticlímax al concierto de batazos, el Loco había ordenado a Eleazar que se pusiera en la tercera base a recoger rollings. Con el guante lució un poco torpe y como alelado. No sé si su cuerpo necesitaba dos litros de agua u ocho horas de sueño o las dos cosas a la vez. Lo que sí pudo mostrar fue un brazo potente y educado que hacía saltar arena del mascotín del ayudante de primera base. Evaluarle la velocidad de piernas era un crimen que el Loco no se atrevió a cometer. Las cosas habían salido lo suficientemente bien como para tentar a la suerte.

La discusión por la firma fue más bien extraña.

O eso pensé cuando mister Mosley abandonó la puja. Cuando la cotización alcanzaba cifras de jarrón chino, el hombre dijo con voz cansada: “It’s enough, gentlemen”. Tal vez las finanzas de los Yankees no anduvieran bien por aquellas fechas (cosa poco probable, por demás). O quizás, pero esto lo pensé después, el gringo haya tenido una premonición.

Pero el agente de los Medias Blancas tenía otra opinión. Un par de años en la liga de novatos —pensó— obraría el milagro de convertir al carbón en gema. Con esa ilusión convertida en certeza ofertó sesenta mil dólares por la firma. Un récord y un escándalo para ese tiempo. Cuando hubo finalizado todo, mi padre sonreía como si una mano invisible le estuviera acariciando la espalda. El Loco, por su parte, parecía un abogado de Yale; sorprendía la vehemencia con que discutía sobre cláusulas, bonos y emolumentos.

Por alguna razón que no sabría explicar, intuí que a partir de aquel día las cosas iban a cambiar para siempre. Eleazar tan sólo pidió por su sudor un Buick del año que destruyó al mes. El resto de la plata (que era mucha) el viejo la invirtió con habilidad en una casa en la avenida Páez y en la bodega que regentó hasta su muerte.

Los Medias Blancas, en su propósito de convertir a mi hermano en un *verdadero* pelotero, lo enviaron a una liga doble A del medio oeste. El campamento del equipo era una antigua base aérea devenida en complejo deportivo. Las instalaciones parecían estar buriladas en la vastedad de unos maizales ambarinos y resecos.

Rápidamente mi hermano demostró ser el mejor de la camada. La contundencia de su bate fue su principal argumento. En medio de aquella Babel de acentos caribeños, los “vales” y los “carajos” de Eleazar fueron ganando cierto respeto. No pasó mucho tiempo para que sus batazos kilométricos empezaran a ser seguidos de cerca por el gerente general del equipo grande, urgido de un tercera base de alto rendimiento y bajo sueldo.

En la casa todos teníamos la esperanza —aunque justo sería decir que *todas* nuestras esperanzas estaban cifradas en ello— de que a Eleazar lo “subieran” de un momento a otro. Muchas de las prebendas que negoció el Loco Torres estaban supeditadas a ese azar. Verlo convertido en pelotero grandeliga pasó de ser un anhelo familiar a convertirse en una suerte de rifa clandestina en la que mi hermano era nuestro único número.

Pero algo sucedió.

Una noche de tedio y hormonas alborotadas, Eleazar se escapó de la concentración sin avisarle al mánager. El equipo había regresado de una gira de tres partidos en Kansas City y todos estaban cansados y aburridos. Todos menos mi hermano, que soñaba con una cerveza fría o más bien con varias.

El pueblo más próximo quedaba a unos cuarenta y cinco minutos caminando a buen paso. Eleazar ha debido de tener mucha sed a juzgar por la media hora que empleó en ir desde el complejo hasta el primer bar con que se topó. Cuando entró, todos se voltearon a mirarlo con una mezcla de sorpresa y odio. Eleazar no era ni negro ni blanco. Tenía algo de indio pero sus facciones poseían la rudeza de algún antepasado vasco perdido en nuestro árbol genealógico torcido. Supongo que aquellos parroquianos aún no estaban preparados para aquel entrevero de razas, para tanto encuentro de mundos.

La policía tardó quince minutos en llegar. Para sorpresa de los agentes, la escena, bien mirada, no justificaba la alarma con la que fueron convocados. Eleazar estaba sentado encima de la rockola. Aunque más bien parecía que levitaba sobre ella. Tenía el pelo algo alborotado y una expresión de placidez y abandono, como la de un mendigo cuando pide un cigarrillo. El resto del cuadro era más bien inenarrable. Tres granjeros obesos desperdigados en el piso, sillas rotas, manchas de sangre. El dueño del bar había sacado una escopeta.

Uno de los accionistas del equipo también era senador por el estado de Michigan. Ese albur le permitió a Eleazar aterrizar al día siguiente en Caracas. Atrás quedarían unos leoninos cargos por

asalto y los aplausos del *Comiskey Park*.

Algunos cronistas deportivos locales tuvieron la misericordia de urdir una historia de nostalgia, pabellón criollo y madre enferma. Supongo que el beisbol romántico también incluía ese tipo de sofismas.

Lo que pasó después es más o menos conocido. Aquella caridad periodística le extendió en un año la carrera a mi hermano en la pelota venezolana. Aunque pienso que la palabra *carrera* es excesiva: ni siquiera llegó a terminar aquella última temporada. Las juergas y el trago poco a poco le fueron minando tanto el average como el cuerpo.

No sé si el dueño del equipo se hartó o se apiadó de él. Lo cierto es que le dio una baja discreta y silenciosa. El día que lo llamó a su oficina para botarlo, remató su discurso con estas palabras:

—Qué lástima, muchacho, en vez de pelotero pareces boxeador.

En un abrir y cerrar de ojos aquella estampa de dios olímpico dio paso a un espantapájaros cenceño y encorvado, una pesadilla cruel de lo que alguna vez fuera mi hermano. En la casa nunca más se volvió a hablar de beisbol. A Eleazar cada día se le hacía más difícil mantenerse sobrio. Cuando no se ausentaba largos períodos, pasaba horas borracho, sentado en el porche de la casa. La mirada se le había puesto viscosa y descaminada, como si tratara de capturar sin éxito un horizonte que definitivamente se le había extraviado.

El respeto y la admiración que una vez sentí por mi hermano paulatinamente se fue transformando en una mezcla de compasión, asco y decepción. Papá fue el único que lo cuidó y protegió hasta donde sus fuerzas le alcanzaron. En realidad no era mucho lo que podía hacer. Ya en los últimos tiempos, un fuego o un relámpago lo impulsaban a escaparse cada noche de la casa, tal vez creyendo que huía del tedio de la antigua base aérea.

Una noche se fue y ya no regresó más.

Al principio no nos percatamos de lo prolongado de su ausencia. Ya nos habíamos habituado a su presencia como quien se acostumbra a un mueble viejo e inútil o a un fantasma. Pero *algo* le decía a mi padre que aquella fuga no era igual a las otras. O que por lo menos su retorno se había dilatado más allá de los límites normales. Alguien lo había visto con la ropa hecha jirones y sucio hasta lo indecible caminando por la cuneta de una autopista. Otro lo habría reconocido en las escalinatas de una iglesia pidiéndoles limosnas a los feligreses. Hasta yo mismo creí verlo una noche en que me asomé a la ventana de mi cuarto. O quizás lo soñé. Pero *era* él. Se veía aseado y con sus ropas intactas. Había ganado peso y su mirada tenía la vivacidad de otros tiempos. Lo que logro evocar luego es su sonrisa, una sonrisa extraña, como si no sonriera, pero en realidad sí lo hacía. Se lo conté a mi padre pero no me creyó. Tal vez haya sido mejor así. Papá salía todos los días a buscarlo armado con esas falsas pistas. No recuerdo (en realidad muchos detalles comienzan ya a escapárseme) haber visto nunca al viejo regresar derrotado o desanimado. Siempre traía nuevos avistamientos que le renovaban las esperanzas.

Cuando nos llamaron para avisarnos que a Eleazar lo había arrollado un camión, sentí como si nos dieran una noticia vieja, como si nos pusieran al corriente de un evento ocurrido hace ya mucho tiempo. Creo que Eleazar ya había muerto desde el mismo momento en que los Medias Blancas lo montaron en el avión de regreso.

III

El bono que recibió mi hijo por la firma no fue ni bueno ni malo. Todo depende como se lo mire. Ochocientos mil dólares no era un pacto mediocre para la época en que lo firmaron. Pero tampoco creo que haya sido la suma justa por un pitcher zurdo y controlado como llegó a ser Keny a los dieciséis años.

Esa cantidad, ahora que lo pienso, en poco honraba las innumerables tardes de domingo que pasé sentado en unos tabloncillos llenos de clavos y mugre mientras me hacía la idea de que estaba en un palco VIP del *Yankee Stadium*. Nadie lo comentaba, pero todos los que nos sentábamos en los tabloncillos sabíamos que ese era el precio que había que pagar. Sabíamos también que todo era cuestión de tiempo. De que nuestros capullitos retoñaran. De que no se pasmaran en la maldición del 1,70. De que no preñaran a una loquita.

Después de que a Keny me lo firmaron los Astros, mis antiguos compañeros del ministerio — los pocos a los que aún trataba— me saludaban con un gesto instalado entre la envidia y el asombro. ¡Ah, la envidia! No sé quién dijo que la envidia está flaca porque muere y no come. Pero es verdad. ¡Y qué cosa tan venezolana, Dios mío! Cuando lo de la firma salió en la prensa, uno de los primeros que llamó a la casa poniéndose a la orden fue un antiguo jefe mío, un tirano que me hizo la vida imposible. Como no soy hombre de rencores le acepté una invitación a almorzar. Yo sabía que el hijo le había salido mariguanero y vago. Eso lo sabía todo el mundo en el ministerio. No soy quién para estar juzgando a nadie, pero luego de que el tipo me diera su “apenada congratulación”, y comenzara a lanzarme puntas como que “lo importante no es llegar sino mantenerse” o “ese muchacho heredó *todo* del tío”, no aguanté más y decidí ponerle los puntos sobre las íes a aquel *Salieri*:

—Mira, puede que el hijo mío dure dos días en las Grandes Ligas. Puede también que haya heredado mucho del tío. Todo eso es posible. Pero dime algo, chico: yo sé que la flojera de tu hijo es herencia tuya, pero, ¿el gusto por la mafafa de qué lado de la familia viene?

El paso de Keny por las ligas menores fue como una exhalación. En tan sólo un año había saltado de una liga instruccional de novatos a la sucursal del Norfolk triple A. Su foja de ganados y perdidos: 7 y 3, más una espeluznante efectividad de 1.59, indicaban a las claras que Keny rompería de una vez por todas el hechizo que se cernía sobre la familia. El gerente general de los Astros estuvo a punto de subirlo a mitad de temporada al equipo grande. El *mánager* del Norfolk fue más ponderado: arguyó que al novato todavía le faltaban por pulir algunos aspectos de su mecánica de pitcheo.

Cuando Keny regresó en el receso de invierno, me llamó la atención la tranquilidad con que se tomaba todo. Lejos de tranquilizarme, el asunto me preocupó. No estaba ni contento ni triste, ni entusiasmado ni apático. Con unas palabras más bien frías, nos anunció que si todo seguía como iba el próximo año estaría en el roster de 40 de los Astros. Nunca entendí a ese muchacho. A un pie de la gloria, a un tris de salir del montón y parecía como si se lo fueran a llevar de peón a una hacienda. Antes de marcharse a Virginia —donde el Norfolk tenía su sede— Keny me revelaría el motivo de su desazón. La causa era tan obvia como sencilla:

-Nunca me ha gustado el beisbol, papá. Esto lo estoy haciendo por ti.

En aquel momento no supe darle el justo valor a aquellas palabras, ahora sí. Ahora logro comprender por qué mi hijo se dejó llevar por aquel plan ideal de “mucho estadio y poco estudio” que le tracé desde niño. Los únicos buenos promedios que le exigí no eran en química ni física

sino al bate. Siempre supo que mi felicidad era ver nuestro apellido escrito en su espalda, no en un diploma académico.

A mitad de temporada Keny se lesionó el brazo de lanzar.

Cuando eso ocurrió, mi muchacho era considerado el prospecto A-1 de la organización. Estaba invicto en ocho salidas y era la sensación del torneo. Ningún otro pitcher (zurdo o derecho) en la historia del Norfolk había logrado semejante registro en su segundo año de novato. Dos días antes de lesionarse, la orden de ascenso al equipo grande reposaba en el escritorio del mánager.

Keny nunca llegó a enterarse.

La lesión en sí misma no revestía mayor gravedad. Una calcificación en el codo es tan común en los pitchers como la costumbre de ensalivar la pelota. La operación y la rehabilitación fueron cosa de rutina: el equipo tenía un médico especializado en ese tipo de cirugía.

El regreso de Keny a la rotación del Norfolk no fue del todo satisfactorio. Su rendimiento había decaído un poco. La recta había perdido un poco de fuerza, no mucha, pero sí la suficiente para activar la alarma del gerente general.

Cuando mi hijo me llamó para decirme que habían vendido su contrato a un equipo de Taiwan, en el fondo buscaba mi aprobación para regresarse a Caracas. Creo que lo sentí sollozar al otro lado de la línea, o tal vez la comunicación era deficiente. Le improvisé un discurso sobre la perseverancia y otras idioteces. En algún momento también lloré. Tanto él como yo sabíamos que jamás llegaría a vestir un uniforme de grandeliga.

Lo que sucedió después lo he ido componiendo con cabos sueltos, medias verdades y hasta con mi propia fantasía.

El equipo que compró el contrato de Keny se llamaba los *Osos*, tal vez *Elefantes*, o puede que incluso se llamara *Coyotes*; si es que ese animal existe por aquellas lejanías. Lo cierto es que se trataba de uno de los conjuntos más fuerte de esa liga. También el principal objetivo de la mafia taiwanesa de apuestas.

En Taiwan Keny volvió a recuperar su forma. Aunque creo que nunca la perdió; lo que había perdido era la confianza y eso sí que es grave para un lanzador. En sus dos primeras salidas estuvo sencillamente imponente. Mostró el control y la velocidad de antaño. Le llegaron a cronometrar rectas hasta de 98 millas. Sus envíos llegaban duro y a las esquinas, cosa que hace mucho daño a bateadores de baja estatura. Taiwan, como se sabe, no es tierra de gigantes.

Una noche en la que el monzón de verano amenazaba con ahogar las calles de Taipei, Keny recibió una propuesta. Esta vino sustentada por dos argumentos irrefutables: un bolso henchido de dólares taiwaneses y una amenaza.

Keny no tardó en comprender de qué iba todo el asunto. Vanamente intentó esgrimir razones. La mafia —taiwanesa, italiana o venezolana— cuando quiere algo primero acaricia. Los emisarios, como si conocieran el libreto de antemano, dejaron el bolso sobre la cama y poniéndole una mano en el hombro, le dijeron:

—Tú va perder mañana.

Aquella sentencia sin gramática lo llenó de pánico y perplejidad. Su primer impulso fue buscar al mánager del equipo y presentarle la renuncia. No lo hizo. En su lugar recibí una llamada a las dos de la mañana que me sobresaltó.

Fue la última vez que hablé con mi hijo.

Con el dinero del seguro le mandé a construir un mausoleo en el Cementerio del Este. Es de mármol blanco y está en la mejor zona del cementerio. Lindo, en realidad. Un homenaje que quise hacerle a mi muchacho. Voy todos los domingos y aunque no rezo, paso muchas horas frente a un retrato que mandé a encriptar en la lápida: tiene doce años, está uniformado de pelotero y sus ojos son translúcidos y severos.

A veces creo (otras veces estoy seguro) que en vez de estar sentado sobre los mosaicos de mármol lo estoy sobre los tablones llenos de clavos y mugre donde me sentaba a esperar y soñar.

RESTAURACIÓN

Restaurar. Regresar las cosas a su estado original. Tal vez por ello me dediqué a la cirugía plástica. O eso quiero creer. Al principio no fue por dinero, aunque ahora que lo pienso un poco debo admitir que sí. Pero en aquel entonces me asistían otras razones (que he olvidado), y que de seguro eran nobles. Pero la nobleza no es uno de mis fuertes, eso también tengo que admitirlo.

Cuando cumplí los cuarenticinco pensé que ya tenía *todo* lo que un hombre de mi edad y profesión podía aspirar. Tenía o creía tener el amor. Tenía propiedades, una lancha, una bonita casa. En fin, me gustaba la vida que llevaba. Utilizando un poco la imaginación podría decirse que era feliz. Sin embargo, las cosas nunca son completas. Esta puede que sea la única certeza que hasta hoy me acompañe.

*

Un miércoles, después de pasar todo el día encerrado en el quirófano, salí a dar unas vueltas por Caracas. No sé a santo de qué tuve aquella ocurrencia. Nunca salía de noche. Dejé de hacerlo hace mucho. Desde los tiempos de la universidad. Lo más probable es que necesitara olvidar un poco los rostros contrahechos y las carnes vencidas que día a día me daban de comer.

El asunto es que aquella noche enfilé hacia Las Mercedes. Al pasar por el costado de un viejo centro comercial me llamó la atención un grupo de personas arremolinadas en el estacionamiento. Un estacionamiento al aire libre y mal iluminado como ya no suele haberlos en la ciudad. Cuando entré no tardé mucho en comprender de qué iba todo aquello. El público lo conformaban básicamente hombres entrados en la cincuentena, hombres con barrigas que hablaban más de cierta estabilidad económica que de inevitables descuidos propios de la edad. También había adolescentes —muy pocos en realidad— y tres mujeres cuya presencia, no sé por qué motivo, me lució forzada. ¿Qué hacían? Suena estúpido, pero *miraban* carros. La imagen, en un primer instante, me pareció macabra: parecían ánimas en pena, fantasmas que regresaban a inspeccionar el estado en que habían quedado sus respectivos vehículos. Esta sensación se acrecentó al fijarme en el año de los automóviles: todos, sin excepción, databan de por lo menos treinta y cinco años atrás. Pero era su estado de conservación lo que en realidad me hizo estremecer: parecían nuevos, de hecho algunos eran nuevos, como recién salidos de la planta de ensamblaje. La visión de aquellas carrocerías relucientes, las tapicerías inmaculadas y los cromados incorruptos me hizo sentir algo extraño. Una sensación parecida al triunfo. Llegué a pensar, locamente, que se podía vencer al tiempo. Hoy sé que lo que sentía era envidia.

Poco a poco aquellas visitas al estacionamiento fueron convirtiéndose en un vicio. Al

principio era un espectador más bien pasivo. Me limitaba a observar los modelos por su diseño, su color, etc. Después no me costó mucho llegar a la conclusión de que sólo iba a ese lugar por los Mustangs. Algo en ese modelo me atraía. No sabría decir exactamente qué, pero era algo que parecía entrañar una moral, un modo de vida, una filosofía. Puede que lo anterior suene excesivo, pero fueron esos desvaríos los que me impulsaron a comprar un Mustang en ruinas para restaurarlo.

*

Por aquella época también había conocido a Tamara. Era enfermera y amante de un médico amigo mío. En ocasiones mi amigo me la *prestaba* para que me asistiera en las consultas y en el quirófano. Era linda y eficiente, cosa que se agradece cuando se tiene que lidiar muchas horas con la fealdad. En aquel período la mayoría de mis pacientes provenía de un horrendo aviso de prensa que insertaba dos veces por semana en Últimas Noticias. Era la clásica publicidad “antes y después”, sólo que de bajo presupuesto. Insólitamente funcionaba, pero ya podrán imaginarse la clase de pacientes que me iba a la consulta. Qué les puedo decir, casos imposibles: amas de casa paquidérmicas, buhoneras con pretensiones televisivas, secretarias en ascenso. Pero eran mi pan y no podía darme el lujo de desecharlas. La competencia en el gremio era despiadada y yo siempre estaba en oferta. Tamara poseía otro talento que en este ramo suele ser vital: era ella, mediante un complicado sistema de mercadeo que incluía la vanidad y la competencia femenina, la que ilusionaba y comprometía a las indecisas con el depósito inicial, con el “amarre” para evitar los arrepentimientos de última hora.

Una tarde, mientras canulaba a una paciente, noté algo raro en Tamara. Estaba más conversadora de lo normal y la conversación no era de esas que se acostumbra cuando se está en medio de una liposucción. Tampoco había que ser un genio para sospechar lo que siente una mujer cuando utiliza mucho la palabra “confundida”. Esa misma noche la invité a cenar al Fenicia. Mi intención no era apresurar las cosas, mucho menos aprovecharme de la situación. Yo le tenía aprecio a mi amigo y era consciente de que un mal momento lo podía tener cualquier pareja. Sin embargo, en la “confusión” de Tamara, yo figuraba con un papel más o menos estelar.

A los dos meses comenzamos a vivir juntos.

A mi esposa también le hablé de confusión, de darnos un tiempo y de todas las ridiculeces que suele decir el que se quiere ir. Ella me escuchó el discurso con la sombría paciencia del que sabe que le están mintiendo. Obviamente yo me esperaba un escándalo, pero mi mujer sólo me interrumpió para hacerme una recomendación:

—Mira, Carlos Eduardo, por lo que me dices deberías buscarte a un terapeuta. Aunque yo te recomendaría más bien que te buscaras a un abogado.

*

A diferencia de lo que yo pensaba, conseguir el carro no fue tarea fácil. El modelo que yo buscaba (un *fastback* del 69) era raro hasta en los Estados Unidos. Sin embargo, eso no me detuvo. La oferta de “clásicos” en los periódicos era abundante. También decepcionante. Aquí los Mustang clásicos (del 64 al 73, se entiende) parecen haber sufrido el mismo proceso de deterioro que el país. De ser los niños mimados del garaje clase media, ahora vegetaban tristes y

destartalados a la pata del cerro. Nada dice más de una persona y de un pueblo que el estado en que conservan sus vehículos. De eso pude darme cuenta cuando recorrí todos los barrios de Caracas, alentado por unos clasificados tan fraudulentos como mi publicidad de antes y después. No tengo nada en contra de la gente pobre, pero bastaba con echarle un vistazo a aquellos carros para entender porqué esas personas estaban como estaban. Parecían ranchos portátiles. Pero uno nunca debe descartar ningún prospecto, un *rare find*, como decían en *Mustang Monthly*, una revista que me costaba un ojo de la cara traer de Miami.

Un día me topé con uno de estos casos. Estuve a punto de tirar la toalla cuando descifré la sintaxis subnormal con que estaba escrito el clasificado. Pero, ¿quién iba a ponerse académico ante un “69 supel cobra, original”, con todo y que ese modelo jamás existió?

El dueño del carro me dio una dirección que ameritaba un GPS y un comando antiterrorista. A pesar de eso pude llegar a la hora convenida. El hombre se presentó media hora después. Tenía mal aliento y un precio exagerado por lo que él llamaba su “niña”. El primer detalle que me llamó la atención fue el color del carro. Era algo entre el Guaire y un Toddy que ha estado mucho tiempo fuera de la nevera. Los guardafangos delanteros parecían haber pasado por las manos de un latonero miope y entusiasta. La colección de hoyos en el parabrisas se debatía entre la pedrada y el calibre 9 milímetros. Con ese primer chequeo ya era suficiente para montarme en mi camioneta y salir disparado de aquel sitio. Pero un instinto morboso me animó a abrir el capó. Más que una limpieza aquello necesitaba una fumigación. Pronto la sensación de asco se fue transformando en lástima. Ciertamente había que tener talento para lograr tal devastación. Las paredes de la cajuela denunciaban colisiones espeluznantes disimuladas, en parte, por una maraña de cables cuya utilidad y función jamás entendí. Sin embargo, y a pesar de la espesa película de asfalto y tierra que cubría todo, hice mi hallazgo. Cuando terminé de raspar la costra que escondía el serial sentí que el corazón se me salía del pecho. Traté de disimular mi ansiedad pero eso no es fácil cuando se está frente a un motor Boss 427. No los voy a cansar con detalles técnicos, ni siquiera históricos sobre este modelo; aunque vale la pena acotar que de esta serie apenas se fabricaron menos de doscientas piezas. Más que un *rare find*, aquello era un milagro.

*

El divorcio por poco me deja en la calle. Debí haberle hecho caso a mi ex mujer con el asunto del abogado. Ella sí que se lo tomó en serio y contrató a uno de los mejores, también se buscó a un psicoanalista argentino que la ayudó a manejar tanto el *duelo* como los millones que me quitó. En fin, esas cosas pasan y yo me lo tomé con soda. Mi entusiasmo con Tamara y el carro allanaban esos baches.

*

Restaurar un “clásico” es una labor que puede llevar años en completarse. Todo depende de la cantidad de dinero y tiempo que uno desee invertir. A mí, a pesar del divorcio y el trabajo, no me faltaban ambas cosas. Me puse manos a la obra y apunté la vara lo más alto posible. Estuve meses investigando en Internet. Me sorprendió la cantidad de *sitios* dedicados a este *hobbie*: la palabra “Mustang” tiene tantas o más entradas que la palabra “sexo”. En poco tiempo manejé una cantidad tal de información que me hizo pensar que ya estaba listo para arrancar con mi proyecto. Pero,

como creo haber dicho antes: las cosas nunca llegan a ser completas.

Esto sólo se entiende cuando caes en cuenta de que vives en Caracas y no en el estado de Pennsylvania. “Restauración”, al parecer, era una palabra tabú entre los dueños de talleres mecánicos caraqueños. Bastaba su simple mención para que convocara gestos que podían ir de la compasión al asombro o de la burla a la ira. Traté de buscar ayuda en el estacionamiento donde se reunía el “club”, pero aquello sin duda resultó peor. Los más curtidos hablaban en tono mítico de un viejito colombiano que tenía en su haber varias “restauraciones” y de cuyo rastro nada se sabía. Otros, los novatos, relataban verdaderos vía crucis capaces de torcerle la voluntad al más decidido. A mí todo aquello me pareció absurdo e infantil. Pensé que lo único que pretendían, unos y otros, era guardarse el secreto; como esas mujeres que no revelan jamás el nombre de la boutique donde compran sus trapos por temor a andar uniformadas.

Casi creí dar con el “secreto” de los tipos del club cuando un italiano accedió a recibirme el carro en su taller.

A los tres meses casi asesino al italiano.

Cuando finalmente me dejó ver el Mustang pude comprender aquellos rostros sombríos de los clubistas principiantes del estacionamiento. El carro seguía igual, salvo por una capa de polvo blanco que lo cubría como si fuera nieve. El único signo de *avance* era el motor desmontado que yacía a su lado como un cachorro indefenso. Al preguntar por los vidrios (recién traídos de Houston), el italiano me habló de un “problemita”. Otros “problemitas” eran un capó nuevo, un juego de platinas difícilísimas de conseguir y un volante de trescientos cincuenta dólares que no aparecían por ningún lado.

—*Io le rispondo per chuesto* —me había dicho el italiano antes de que le saltara encima.

*

Cuando conocí a Tamara era una piedra preciosa sin pulir. Un antiguo profesor decía que “toda obra perfecta depende de cierta imperfección que permita quejarse de que no sea perfecta”. Tamara poseía ese raro tipo de belleza que necesita de muy poco para deslumbrar. Pero, para alguien que se gana la vida con los defectos de la naturaleza, no es fácil pasar por alto ciertos detalles. Sus párpados caídos estaban a medio camino entre la meditación trascendental y la digestión pesada. La quijada, un tanto prognática para mi canon, le confería a su rostro el aire altanero de un sargento de tropa. Busto y caderas estaban bien, pero en mi negocio la primera regla dice que la palabra “bien” es el peldaño anterior a la palabra “perfecto”. Poco a poco fui corrigiéndole esos y otros detalles a Tamara. El resultado creo que ha sido el único “antes y después” que he logrado en toda mi carrera.

*

Desgraciadamente las cosas con el Mustang no marchaban al mismo ritmo. Luego de los “problemitas” con el italiano, el carro cumplió con el vía crucis de rigor que le espera a todo iniciado. En ese peregrinar automotriz se le fueron *desapareciendo* más y más piezas. Al parecer existía un lucrativo mercado secundario a costillas de mis accesorios traídos de *Gainesville*. En más de una ocasión creí reconocer una manilla, un faro y hasta un parachoque en otros 69 del club.

Dirán que exagero, pero cuando finalmente desistí con los talleres “establecidos”, del carro apenas quedaba el caparazón.

*

Todo marchó “sobre ruedas” con Tamara hasta que descubrí que se seguía viendo con mi colega. Ahora que lo analizo, el eufemismo “seguir viéndose”, para nada se correspondía con el realista y bochornoso “tener las pruebas en la mano”. Es algo duro decirlo, pero fue precisamente en mi mano donde fue a dar la evidencia de su deslealtad. Fue un momento terrible y poco higiénico. En otras circunstancias aquello hubiera terminado en tragedia, pero yo me encontraba en ese estado en que las traiciones se convierten en errores y mi perdón tan sólo fue una súplica para que no se marchara.

Decir que “perdí el control” también sería una especie de eufemismo para ilustrar lo que vino después.

*

Una desgracia llamó a la otra y a mi recién adquirida “manera de beber” se le sumó una bíblica sequía de pacientes que trajo como consecuencia que mi flujo de caja se viniera al piso. Esta contingencia no hubiera tenido mayores consecuencias a no ser por el paliativo con que la afronté: más vodka.

Las pocas pacientes que lograba enganchar mi aviso huían desconcertadas (más bien despavoridas) ante la visión de aquel hombre que les hablaba de hidrolipoclasia con manos temblorosas y barba de tres días. Por increíble que parezca, Tamara alcanzó a “amarrar” a alguna con sus dotes de vendedora. Sin embargo, los resultados finales no siempre se ajustaban al “después” de mi promesa publicitaria.

Vender mis acciones de la clínica era una idea que me rondaba la cabeza desde hacía un tiempo. Una asamblea extraordinaria de la junta directiva y una inminente demanda por mala praxis aceleraron esa decisión.

“Tiempo y dinero”. ¿Acaso no era eso lo que necesitaba?

*

Sin que me diera cuenta, la medicina dejó de interesarme y se convirtió en un vago recuerdo enmarcado en cañuela rococó en la casa de mis padres. Sólo dos cosas me interesaban: terminar de una vez por todas con la restauración del carro y conservar a Tamara a mi lado.

*

El Mustang fue a parar a la casa de un primo que tenía un garaje techado y espacioso. Lo dejé tapado con una lona como a esos cadáveres que cubren luego de un hecho de sangre.

Mi primo mostró señales de alarma cuando comencé a visitarlo con demasiada regularidad. Ignoro si fue un sentimiento de piedad o simple fastidio lo que lo impulsó a darme una copia de la

llave del garaje. Entonces mis visitas al carro se hicieron diarias y se prolongaban por muchas horas. Me instalaba en una silla de extensión acompañado de mis catálogos y una botella de Smirnoff. Mi pasatiempo favorito era elaborar listas y presupuestos faraónicos e imaginar las caras de los imbéciles del club cuando vieran terminada mi joya. No bien empezaba la botella a vaciarse caía en cuenta de lo ambicioso de mi proyecto y de lo estúpido que fui al aceptar la miseria que me dieron por las acciones. Me sobrevinía entonces una crisis de austeridad y de la primera lista comenzaban a desaparecer ítems que en la anterior me parecían indiscartables. Aquel borrón y cuenta nueva, patrocinado por Smirnoff, se prolongó hasta que un día mi primo me pidió que le desalojara el garaje. Me dio plazo de una semana y aquel apremio puede que haya precipitado en parte las cosas.

Cuando la grúa sacó el Mustang del garaje lo noté más destartado, más cochambroso y más enfermo. Dicen que los carros se parecen a sus dueños, pero en mi caso particular yo lucía un poco peor.

Por esos días supe de la existencia de otro apóstol de la restauración que andaba haciendo milagros en un galpón por los lados de La Yaguara. Hasta allí llevé el carro como si se tratara de una emergencia. Me recibió un muchacho andino al que le faltaban dos dedos de la mano izquierda y le sobraban muchas piezas dentales en la boca. Me hizo pasar a su “oficina” con el mismo ademán que yo utilizaba con mis pacientes. La oficina era un anexo minúsculo en obra limpia, tapizado con diplomas de la Dupont y fotografías del tipo “antes-después” de algunos de sus trabajos. El decorado me produjo una mezcla de nostalgia y aprensión. Para completar, la jerga del hombre era una amalgama de explicaciones pretendidamente técnicas y denostaciones a latoneros de la competencia. Un extraño sentimiento de empatía me conminó a confiarle el carro. Salí de aquel sitio lleno de esperanzas y con un presupuesto “tentativo” que hacían lucir a los míos como cartas al Niño Jesús.

*

Con aquel presupuesto que más bien parecía el de la restauración de la capilla Sixtina regresé a Internet. Más que ofertas buscaba gangas. Una distribuidora en Ohio parecía tener en stock a precios razonables la mayoría de las cosas que le desvalijaron al carro. En realidad no era necesario que yo me trasladara hasta allá para traer las piezas, pero consideré que un viaje le daría un segundo aire a mi relación con Tamara. Ayudaría a *remendar* las numerosas fisuras que ya comenzaba a presentar lo nuestro. “El viaje siempre trae secuela”, solía decir un traumatólogo amigo mío que se las daba de filósofo.

Cuando le mostré los boletos aéreos a Tamara pude leer en sus ojos la palabra “confusión”. También comprendí que el “círculo viscoso” estaba a punto de iniciarse. Me improvisó un cuento chino sobre su madre enferma en Táriba que estuve a punto de creerle. Dijo que prefería viajar a casa de la mamá en vez de hacerlo conmigo. Me sentí como esos antiguos caballeros que salían en largas cruzadas y dejaban a la doncella a merced de las tentaciones.

Entonces se me ocurrió una idea.

Puede que no haya sido totalmente original, de hecho creo que la tomé prestada de una película de James Bond. La escena es más o menos así: Sean Connery está alojado en un hotel en Jamaica. Sabe que algo no anda bien y decide tomar algunas precauciones antes de salir esa noche. Entre otras, hubo una que me llamó poderosamente la atención. Al abandonar la habitación,

se saca un hilo del Tuxedo, lo ensaliva y lo coloca discretamente entre la puerta y el marco. Si a su regreso no encuentra el hilo significará entonces que su espacio ha sido violado.

*

No fue difícil convencer a Tamara de corregirle la hipertrofia en el ombligo que la mantenía confinada a los trajes de baño enteros. A mí me gustaba mucho aquella protuberancia con la que solía entretenerme cada noche antes de dormirme y siempre le di largas al asunto. Tal vez por ello se sorprendió un poco cuando le propuse la intervención dos días antes de irme. Le dije que era algo *ambulatorio* y no puso mayores reparos. Sólo un detalle la inquietó: desconfiaba de mi pulso “ruso”, cortesía del vodka.

—No me vayas a dejar marquitas —dijo, imaginándose embadurnada de Coppertone por mi colega.

Mi confianza en Tamara, demás está decirlo, pendía de un hilo cuando me fui.

*

Al regresar a Caracas me encontré con una noticia mala y una buena. ¿La buena?: el hechicero de La Yaguara rendía honor a su fama. Tenía al Mustang casi listo para la primera mano de pintura. Ya verían los tipos del club lo que era bueno.

A la mala poco a poco he ido acostumbrándome. Cuando dije que mi confianza en Tamara “pendía de un hilo” no se trataba de otro de mis eufemismos. O tal vez sí. Más que “pender”, “dependía” de un hilo. Un hilo que a mi regreso no encontré.

Un “trabajo profesional”, pensé mientras disimulaba examinar los puntos en el ombligo de Tamara. Pero mis ojos enfocaban más abajo. Sólo un poco.

INTRIGA EN EL CAR WASH

Ya Mohamed comenzaba a decir correctamente la palabra “manguangua” cuando vi su foto en el noticiero de CNN. Era una foto antigua (usaba barba y turbante), y parecía tomada con una de esas cámaras instantáneas Polaroid que ya no se consiguen en el mercado.

Al autolavado llegué por Susana. Antes yo había trabajado en un *Don Pan* en Riverside, pero me fui por problemas con el encargado. Ese fue mi primer empleo cuando llegué a Boca Ratón. Susana era la novia de Tony y los tres habíamos estudiado juntos en la Católica. De esa época es que nos conocemos. Después de graduarnos, Tony y Susana se fueron a vivir a los Estados Unidos y no tuve noticias de ellos hasta que otro excompañero de la universidad me dio un correo electrónico y les escribí.

Al principio la correspondencia giró en torno a las estupideces de siempre: la situación del país, los amigos y ese tipo de cosas. Después, en uno de sus correos, Tony me asomó la posibilidad de apoyarme si algún día yo me decidía a emigrar. Si soy franco, en aquel momento no me lo planteé con seriedad. Entre otras razones, Florida no era un sitio que me quitara el sueño. Pero las cosas en Venezuela comenzaron a torcerse y la tentación de irme poco a poco se fue convirtiendo en una necesidad.

Un día me decidí y compré mi boleto. Cometí el error de no aceptar en primera instancia la invitación de Tony. Mis sueños apuntaban a Nueva York, donde tenía otros amigos que a larga resultaron no serlo tanto. Apenas aguanté tres meses: suficientes para que se me esfumaran cinco mil dólares de los quince mil que me llevé.

Fue entonces que me dejé de exquisiteces y volví a escribirle a Tony.

Tony vivía con Susana en un condominio de renta en las afueras de Boca Ratón. Mis amigos habían pasado por todos los oficios que suelen desempeñar los latinos recién llegados a la Florida. Ahora estaban más o menos “cómodos”: Tony repartía arreglos florales para una compañía especializada y Susana era manager de un Car Wash en el *Town Center*.

El trabajo en *Don Pan* me lo había conseguido el propio Tony. Conocía al gerente y no le fue difícil colocarme allí. Pero el gerente resultó ser uno de esos peruanos con ínfulas de californiano que tanto abundan por acá y desde el primer día comencé a tener *diferencias* con él. Me lo calé dos semanas. Una tarde, mientras limpiaba la barra, el tipo me reclamó no sé qué asunto con unos pedidos y lo mandé a bañar.

Providencialmente, en el autolavado donde trabajaba Susana se habían abierto unas vacantes. Luego me enteré de que la franquicia había cambiado de manos y el nuevo dueño quería arrancar de cero. Mohamed, el nuevo dueño, era un tipo extraño. Hablaba inglés como si estuviera a punto de venderte unas pantaletas y tenía la mirada esquinada de los que no aceptan una negativa. Nadie

en el *Town Center* había oído hablar de él. Susana me contó que el hombre llegó un día con un maletín lleno de billetes, conversó con los antiguos dueños y a la semana siguiente ya era el flamante propietario de *Rapid Wash*.

Sin querer, fui el pionero de lo que después llamamos el “venezolanato” dentro del autolavado. Mohamed, puede que impresionado por la eficiencia de Susana, tenía en buen concepto a los venezolanos. Aquella falsa impresión facilitó la avanzada de compatriotas que vendría poco después. Eso, como era lógico suponer, traería sus consecuencias.

Kiko y Jorge llegaron a la semana. Habían trabajado en un restaurante chino del que huyeron acosados por la migra y el bajo sueldo. Los dos tenían más de un año de ilegales y estaban a punto de morir de hambre. Marcelo y el señor Martínez aterrizaron poco después. El señor Martínez era el más veterano de todos nosotros. Tenía quince años sobreviviendo en los Estados Unidos y se había venido en una época en que los venezolanos sólo emigraban a los casinos de Aruba.

Marcelo, por el contrario, estaba recién bajado del avión. Era de Caricuao, pero parecía salido de una penitenciaría. Gracias a su ingenio carcelario, el dueño del car wash pasó de Mohamed a “Mojónmed”.

Lo primero que hice al llegar al autolavado fue preguntar por las máquinas.

—¿Cuáles máquinas? —se sorprendió Susana.

—¡Las máquinas! —respondí con la pretensión de que Susana se imaginara cepillos gigantes y duchas industriales.

—Ya eso no se usa. Ahora se lava al “seco” —me dijo, como si aquello fuera una tintorería. Acto seguido me condujo hasta un depósito donde se alineaban una docena de carritos. Se parecían a los de helados que en Caracas empujan los haitianos, sólo que éstos tenían un diseño futurista y carecían de campanitas.

Susana escogió un Mercedes LX para mostrarme su versión particular del lavado al seco. Nunca imaginé que algo tan pequeño como aquel carrito de helados pudiera albergar tantas maravillas antisépticas. Susana se veía rara manipulando la manguera del carrito; parecía un bebé atrapado en un cordón umbilical asesino. También empuñaba un trapo amarillo. A los diez minutos entendí el énfasis que Susana le daba a la palabra “seco”.

“En Florida los carros no se *ensucian*”, me dijo, como si estuviera revelándome un secreto gerencial.

Tenía razón. Florida es un yermo sin gracia al que pareciera que todos los días le pasan una aspiradora.

El trapo amarillo resultó a la postre ser más competente que el mezquino chorro de agua que escupía la manguera. “Mientras menos agua, mejor”, repetía como un mantra. El cursillo relámpago de Susana incluyó tarifas, otros “trucos” y hasta sentencias filosóficas: “dependemos del tiempo”, dijo oteando con aires de meteoróloga el cielo despejado del sur de la Florida.

El *Town Center* tenía tres parqueaderos VIP. Un difuso convenio entre el autolavado y el *mall* permitía apostarnos en los alrededores y cazar a los posibles clientes. Kiko y Jorge rápidamente tomaron posesión del sector más rentable: la entrada del *Friday's*. El señor Martínez ocupó un lugar impreciso entre *Burdines* y *Sears*, al que bautizamos la “dimensión desconocida” y en donde le fue insólitamente bien.

Susana me asignó como pareja a Marcelo y nuestro coto iba desde la frontera del *Friday's* hasta la entrada de una farmacia donde vendían de todo menos medicinas.

—Tenemos que inventarnos “algo”, viejo -me dijo *Lucky* Marcelo, después de evaluar las posibilidades económicas del improductivo sector que nos tocó.

El condominio donde vivían mis anfitriones parecía un campo de refugiados brasileños. Extrañamente no había mujeres en tanga al borde de la piscina ni samba a todo volumen. Se les reconocía, básicamente, por los “grupos de oración” que armaban en torno a una enervante parrilla dominical, como si le rindieran culto a un dios bovino. “Son una ladilla”, me había dicho Tony el primer domingo que pasé entre olores de costilla asada y rezos en portugués.

En realidad los brasileños no iban a ser lo único fastidioso con lo que me encontraría en Boca Ratón. Tony y Susana estaban lejos de ser la pareja dinámica que había conocido en la universidad. Después de cenar, se echaban en un sofá despellejado a comer montañas de helados y a reírse con un dudoso programa cómico. Al principio yo solía acompañarlos en aquel tedio calórico, pero al cabo de unos días la rutina comenzó a desesperarme y a engordarme. Por otra parte, casi siempre el centro de sus conversaciones era un tal “Bil”. Por los gestos ceñudos que ponían al mencionarlo pensé que se trataba de un vecino fastidioso. Un día no aguanté la curiosidad y pregunté quién diablos era “Bil”. Tony sacó de un cajón un montón de facturas atrasadas. En ese momento supe que las deudas en Norteamérica tenían nombre de pistolero adolescente.

Una mañana, Susana y yo llegamos más temprano de lo normal a la oficina del autolavado. Desde afuera se escuchaban unos gritos llenos de consonantes ensalivadas. Mohamed discutía a decibeles alarmantes con un tipo igualito a Omar Sharif. Mi amiga me hizo un gesto de silencio y nos quedamos en la entrada aguardando a que sucediera algo. A los diez minutos el doble de Sharif se despidió y le dejó una carpeta rosada en el escritorio a Mohamed. Cuando finalmente decidimos entrar, Mohamed se apresuró a guardar la carpeta en una caja fuerte que tenía debajo del escritorio.

“Han pasado cosas extrañas desde que ese tipo compró el autolavado”, me dijo Susana apenas salimos de la oficina. “Extrañas como qué”, me interesé. “En las noches, cuando ustedes se van y yo me quedo cuadrando caja, Mohamed se mete en Internet a ver páginas rarísimas”. No sé por qué, pero me imaginé al turco fisgoneando páginas de niñitos desnudos. Se lo dije a Susana. “No, *ojalá* fuera eso. La cosa tiene que ver con aviones”, dijo como si la aeronáutica fuera más grave que la pedofilia. “Yo te digo, vale: a mí lo árabe sólo me gusta para comer”, remató sentenciosa.

Le iba a preguntar qué podía haber de extraño en que a alguien le gustaran los aviones, pero en ese momento llegaron Kiko y Jorge y no pudimos seguir con el tema.

No le hubiera prestado mayor atención a las sospechas de Susana a no ser por el comentario que me soltó Marcelo mientras le sacábamos hollín a un Minicooper:

—Chico, yo creo que “Mojámelo” es medio marico —era impresionante la cantidad de combinaciones que podía lograr Marcelo con aquel nombre—: me ofreció dos mil dólares para que lo acompañara el mes que viene a Nueva York. ¿A cuenta de qué?, me pregunto yo. Ahora, si me da tres mil puede que lo piense —dijo y siguió enfrascado en los rines del Minicooper.

Por regla general, suelo desconfiar de las personas que no le guardan respeto al dinero. No era que Mohamed lo derrochara a manos llenas, pero sí me llamaban la atención algunas señales que indicaban a las claras el poco apego que le tenía. Lo de la invitación a Nueva York era tan sólo una muestra. También las clases de “castellano” que le pidió a Kiko y a Jorge y por las que pagó una suma escalofriante. Todo eso sin contar las comisiones que devengábamos y que eran la envidia del *Town Center*. Demasiado bueno para ser verdad. El señor Martínez decía que con

Mohamed estábamos viviendo el “sueño arabicano”. Sin embargo, todo aquello me daba muy mala espina. Yo intuía que algo estaba a punto de *caerse*. Algo gordo.

Marcelo no tardó demasiado en inventar ese “algo” que nivelaría nuestros menguados ingresos. La verdadera ganancia de la franquicia no estaba en las lavadas al “seco” sino en una trampa cazabobos llamada *full detailing*, el servicio *Premium* del autolavado. “Detallar” un carro podía montar fácilmente los doscientos dólares e incluía, además de la lavada, limpieza de tapicería y pulitura general. La idea era hacer muchos *full detailing* para poder verle el queso a la tostada. Pero eso no era fácil. Dos servicios completos podían consumir casi todo el día y te dejaban los brazos como una marioneta. Fue entonces que Marcelo hizo la jugada que lo llevaría directo al “salón de la fama del Car Wash”, como él decía: “Si los carros en Florida no se ensucian, tampoco hace falta pulirlos”, razonó. Fue así como comenzó a implementar lo que él denominó “fantasy wax”.

Susana no se explicaba cómo Marcelo y yo podíamos hacer hasta diez *full detailing* al día. En realidad era muy sencillo: no lo hacíamos. Una mezcla de ingenuidad gringa con carros último modelo permitía el milagro. Sólo si pasabas el dedo por la carrocería se advertía el timo. Pero eso nunca sucedió. O al menos no en el tiempo que duró la zafra.

Nuestras comisiones a partir de entonces comenzaron a sufrir un ascenso vertiginoso. Dicen que todo enriquecimiento repentino trae consigo efectos colaterales perversos. A Marcelo ese dinero extra sencillamente lo indigestó. No sólo la ropa que comenzó a lucir alumbraba (parecía uno de los malos de *Miami Vice*), también la motoneta, el corte de pelo y hasta el perfume lo denunciaban. El asunto empezó a inquietarme cuando una tarde habló de “personalizar tarifas”. Aquello sí que me pareció el colmo y se lo reclamé. “Esto nos cayó del cielo, brothel”, repuso frotándose las manos y exagerando la L como un cantante de hip-hop.

Lo que estaba lejos de saber mi *socio* es que también del cielo vendría el fin de sus delirios corporativos.

Sin embargo, el factor decisivo, el *crash point* que enturbiaría nuestro crecimiento económico, vendría por vía de ese mal tan asesino como criollo: la envidia.

Kiko y Jorge tampoco lograban explicarse cómo podíamos despachar tantos carros al día sin que nos hospitalizaran al final de la jornada. Eso, al parecer, no los dejaba dormir. Pasaban todas las mañanas por nuestro territorio intentando descifrar el enigma. Pero Marcelo estaba muy claro en aquello de que “el silencio de los envidiosos está lleno de ruidos” y tenía sobornado a un vigilante dominicano que le servía de radar. La alarma era un silbido en ritmo de merengue que nos alertaba de posibles hostilidades. La cosa al principio nos pareció divertida pero después se puso pesada y estresante. Hasta el señor Martínez de vez en cuando salía de su quinta dimensión con oscuras intenciones.

Visto en perspectiva, ahora sé que debimos haber compartido el “secreto” con los compatriotas; estoy seguro de que nos hubiésemos ahorrado un sin fin de molestias. Incluso hasta llegué a plantárselo a Marcelo, pero su respuesta no fue ni menos criolla ni menos brutal que el complot: “Que se jodan”.

Por esos días Mohamed me llamó aparte a su oficina. Confieso que fui aterrado: dudaba si la competencia nos había delatado o si el árabe me haría una oferta “que no podría rechazar” con respecto a Nueva York. Sin embargo, el motivo era otro: me pedía un favor.

Cada vez que le hago un favor a alguien todo sale mal y esa vez no sería la excepción. Mohamed sacó un paquete de la caja fuerte. Yo pensé que sacaría la carpeta rosada con fotos

bochornosas, pero el paquete tenía un peso que descartaba esa posibilidad. Me dio ciento cincuenta dólares y una dirección en Miami. La encomienda tenía que llegar ese mismo día a un intrincado sector del *South West*. De Miami apenas conocía el aeropuerto y el Aventura mall, pero por esa tontería no iba a dejar que se me escaparan ciento cincuenta dólares. Aparte, yo era el único que tenía los puntos bajos con el jefe y ya era hora de que eso cambiara.

Susana me prestó su carro como si estuviera entregándome su virginidad. Más que recomendaciones me hacía amenazas. En Florida no sólo no se ensuciaban los carros: tampoco se prestaban. Hacerlo era un arriesgado acto de fe y me entregó las llaves como si me confiara un objeto sagrado.

El viaje por la *Turnpike* fue de rutina pero al llegar al Downtown, como era de esperarse, me perdí. Cada cuadra se parecía a la anterior y tuve la impresión de hallarme en medio de un laberinto de tablopán adornado con luces de neón. Luego de hora y media de *city tour* forzado desemboqué en la calle 8. La reconocí por las transmisiones televisivas del carnaval. En vivo aquello se parecía más bien a una avenida del centro de Caracas pero con grama. Entonces ocurrió algo parecido a una desgracia, sobre todo si sucede en una avenida norteamericana: me quedé sin gasolina. Entre las recomendaciones de Susana no figuraba reabastecer el tanque. Para los gringos, quedarse varado por falta de combustible constituye una felonía tan grave como atropellar a una viejita. En eso pensé cuando vi llegar a dos policías motorizados. Esos tipos sólo resultan simpáticos en las series de televisión. Con acento vagamente habanero uno de ellos me pidió la licencia y comenzó a llenar un talonario con sádica eficiencia. Cuando terminó, pensé que me esperaban tres cadenas perpetuas seguidas. La lista de infracciones era larga: lo del combustible apenas era una excusa para que el policía se pusiera al día con su cuota mensual de multas. En los registros policiales, el Honda de Susana era un reincidente contumaz. Problemas con las luces, con el seguro, con la emisión de gases. Parece que la *Transit Authority* de Florida lo tenía fichado como el más buscado.

En un descuido de los policías me metí en un Burger King. Yo les había dejado una licencia de conducir venezolana que tenía un error en el apellido y me sentía tranquilo. A los cinco minutos llegó una grúa y se llevó el carro. Media hora después me acordé del paquete de Mohamed.

En vez de ir a Boca Ratón me provocó retornar a Caracas. Lo que me esperaba no iba a ser fácil. Regresé en un tren con tantas estaciones que tuve tiempo de ensamblar una historia más o menos creíble. Susana no me creyó ni las partes que eran ciertas. Repitió “¡te lo dije!” unas doscientas veces como si eso fuera a devolverle el carro. Tony la serenó un poco y se la llevó al cuarto. Entonces me puse a pensar en qué le diría al turco. Pero aquí las cosas se complicaban; lo que dijera no iba a satisfacerle, además ni siquiera tenía el paquete. En el desespero decidí llamar a Marcelo.

—Déjame eso a mí —dijo como si se tratara de un ajuste de cuentas en Sing Sing.

Al siguiente día Susana viajó a Miami a recuperar el carro. A mí me preocupaba el paquete dejado en la maleta y del cual nada había comentado a Susana. Cuando llegué al autolavado, Marcelo me recibió con una noticia sorpresa: Mohamed se había ido a Nueva York sin decirle nada a nadie. Mi amigo lucía desconsolado por la promesa rota de los dos mil dólares. Sin embargo, aquella noticia fue un alivio para mí. Faltaba únicamente que el bendito paquete continuara en la maleta y todo estaría resuelto.

A mediodía Susana llegó acompañada de Tony, lo cual era una pésima señal. No me dirigió la palabra en el resto de la tarde pero sus ojos me enviaban mensajes del tipo “esto lo arreglamos en

la casa”.

Cuando finalmente llegamos a la casa, Susana sólo me dijo “recoge tus cosas”. Le iba a contar lo del paquete pero me dejó con la palabra en la boca.

Me sorprendió descubrir que “mis cosas” cupieran con holgura en una bolsa de GAP. Llamé a Marcelo pero no lo encontré. Marcelo vivía con seis mexicanos en un *eficient* de cuarenta metros cuadrados y supuse que donde cabían siete tendrían que caber ocho. Para hacer tiempo, decidí devolverme al *Town Center*. Yo tenía una copia de la llave de la oficina del autolavado y pensé que de no aparecer Marcelo al menos tendría un sitio para pasar la noche. El sofá de dos puestos que Mohamed tenía en su oficina resultaba mejor que una banqueta en el parque. Cuando me recosté en el sofá comencé a añorar la banqueta del parque. El sofá olía a cebolla morada, a ácido de batería, a gorila bebé. Volví a llamar a Marcelo y me respondió un mexicano al que sólo le entendí “órale, cuate”. Le dejé un mensaje. La hediondez del mueble hizo que me decidiera por el escritorio, sorprendentemente grande e inodoro.

El ring del teléfono me sacó de un sueño del que no debí salir. Era Marcelo y estaba borracho. Mientras le escuchaba un chiste de gallegos mi pie tropezó con la caja fuerte. Más que la intuición, tuve la repentina certeza de que la caja estaba abierta. El chiste de Marcelo era una especie de acertijo profético: “¿cuántos gallegos se necesitan para descubrir un tesoro?”.

—Dos —respondí en una postura incómoda.

Ochenta y cinco mil dólares en billetes de cincuenta hacen un bulto escandaloso. Eso sólo se advierte cuando tienes que guardártelos en la ropa. Viajar con ellos en una motoneta es un acto que requiere si no de valentía, sí de pequeñas dosis de sangre fría. Me martirizaba imaginar que todas las patrullas que nos cruzábamos en el camino sabían de nuestra carga. En el trayecto, a Marcelo le dio por hablar de fugas, de películas de Steve McQueen, de “mexicans” amigos que nos ayudarían a cruzar en McAlister. De pronto, todo lo que comenzara por “Mc” empezaba a llenarme de pánico. Sin embargo, era la carpeta rosada lo que no podía sacarme de la mente.

Marcelo había tardado quince minutos en llegar a la oficina del autolavado. Me encontré rodeado por un fabuloso desorden de billetes, pasaportes, planos, manuales, una bella colección de dagas. El conjunto parecía más bien el kit básico de supervivencia del Chacal. En ese momento yo tenía la fulana carpeta en las manos y he debido de estar muy pálido a juzgar por el comentario de Marcelo:

—Y eso qué es, mi pana: *¿El libro gay de los muertos?*

Ciertamente el color de la carpeta no le hacía honor a la gravedad del contenido. Un contenido que, a diferencia de los demás papeles, no creo que valga la pena pormenorizar. Todavía lo pasan por televisión.

Cuando nos tocó decidir qué hacer con todo aquello nos volvimos un lío. No era para menos. Marcelo quería quedarse con las dagas y con un mapa a colores de Manhattan, amén de “su parte” del botín. Yo le dije que dejáramos todo eso como estaba y saliéramos corriendo de allí. Me parece que hasta mencioné al FBI en un intento por imprimirle seriedad a la situación. Pero era como hablarle a las paredes. Marcelo sudaba y tenía los ojos saltones. En su excitación, no paraba de repetir: “¡Carne en el gancho, negro!”.

Como siempre, mi amigo blandía la metáfora adecuada, la imagen punzante que atravesaba mi moral de cartón. Después de deliberar unos minutos, Marcelo propuso una solución que arbitrariamente llamó “bíblica”:

—Vamos a quemar ese vainero.

El *eficient* donde vivía Marcelo con los mexicanos era un triunfo del diseño interior, un alegato en contra del hacinamiento. Yo esperaba encontrarme con una especie de camarote de submarino, pero resultó todo lo contrario. Los jarritos de barro adosados a las paredes, cuya utilidad (más tarde me enteré), era más práctica que decorativa, hacían un maridaje perfecto con las hamacas guindadas en serie por toda la sala. Un extemporáneo póster de Pipino Cuevas, secuestrado de la revista *Ringside*, y otro de Lucerito aportaban la iconografía patria al recinto. Lo que sí me incomodó un poco fue el terco olor a sobaco y a tortilla asada que flotaba en los escasos metros cuadrados. Pero uno a todo en esta vida se acostumbra y al poco rato me fue difícil distinguir un olor de otro.

Mi intención no era aguarle la fiesta a Marcelo, que ya destapaba una botella de *José Cuervo*, pero me pareció prudente recordarle la magnitud del problema en que estábamos metidos. Su reacción fue un tanto desmesurada:

—¿En Florida hay silla eléctrica?

Tardé en explicarle que el Estado había suavizado sus métodos de ejecución. Que ahora las cosas se hacían de un modo *light*, al seco (ensayé una analogía): “sin sangre, algo así como la comida kosher, ¿entiendes? Te aplican seis inyecciones y te ponen a *dormir*, como hacen con los perritos finos”.

Más vale que no le hubiera dicho nada a Marcelo. En fracciones de segundo, sus sueños de hacendado en Apure se transformaron en la pesadilla de un evangélico contrito. Quería hasta quemar el dinero. Se puso a caminar en círculos desesperados, como si ya estuviera esperando turno en el “Corredor de la Muerte”.

En el apartamento sólo estaban dos de los mexicanos que vivían con Marcelo, el resto no tardaría en llegar. Así que contaba con poco tiempo para resolver la situación antes de que al Converso le diera por arrodillarse en la sala a gritar su mea culpa.

Se me ocurrió, entonces, inventarle un cuento en donde Tony era propietario de una lancha rápida (Marcelo me preguntó cuántos motores tenía y yo en aras de su tranquilidad exageré el número), amigos en las Bahamas, una cabaña en Saint Martin. Si hubiese contado con más tiempo le habría agregado locaciones en Ibiza y Gstaad, pero consideré suficiente que nuestra singladura terminara en un ferry rumbo a la Vela de Coro.

Mi guión le devolvió cierto brillo aventurero a los ojos de Marcelo. Quería saber más detalles. Le dije que se lo contaría camino a casa de Tony. Entretanto yo pensaría en mi plan personal de contingencia, en el que a diferencia de la superproducción que le había pintado a Marcelo, me lo figuraba con un aburrido viaje en *Greyhound* hasta San Diego, unas pésimas comidas, un *coyote* que me cobraría tres mil dólares por hacer su trabajo al revés.

Pero primero tenía que cerciorarme sobre la suerte del paquete que dejé en el Honda de Susana, y que a juzgar por la carpeta rosada, lo más probable era que contuviera uranio. Al llegar al condominio no vi la camioneta de Tony, pero en un exceso de buena suerte el Honda sí estaba frente al apartamento. Tenía los dos cauchos traseros espichados y una calcomanía verde en el parabrisas. Le dije a Marcelo que necesitaba sacar unos Nike que se me habían olvidado en la maleta del carro. También le dije que Susana había extraviado las llaves y que más bien le haríamos un favor en abrísela. Pero mi compañero seguía fantaseando con el espléndido escape que le había improvisado media hora atrás y exigía más información. Tuve que sacar a flote un arsenal de lugares comunes para animarlo. Lo puse a comer langostas y a tomar Gin Fizz en un catamarán. Estaba a punto de meterle un poco de sexo al asunto cuando me echó a un lado con

actitud profesional. Yo pensé que sacaría una ganzúa o algo parecido para abrir la maleta, pero me sorprendió cuando en lugar de eso se cuadró como si fuera a pelear con alguien y le propinó una patada de Kung Fu a la cerradura. “Un toque técnico”, intentó explicarme.

La forma cómo se abrió la maleta me dio algunas nociones sobre el antiguo *modus vivendi* de mi amigo. Cuando Marcelo vio el paquete, me preguntó si aquellos eran los Nike de Shaquille O’Neal. Era evidente que había llegado el momento de sincerarse. Aunque, conociendo al personaje, eso no iba a ser fácil. Era como decirle: “mira, viejo, el Club Med está full, pero hice reservaciones en la Isla del Diablo”.

Sin embargo, en un giro imprevisto, Marcelo mostró una capacidad de adaptación que ya quisiera yo para mí. Volvió a mencionarme a sus “panas” en McAlister y aquello sí que me pareció las puertas del cielo. El único problema, como le apunté, era que McAlister quedaba a siete días de camino de la Florida.

—Y tú qué quieres, mugre, ¿que le sirvamos de práctica al S.W.A.T. de Hialeah?, dijo y me lo imaginé con un chuzo en la mano.

La estación de autobuses tenía la iluminación de un consultorio odontológico. Yo sentía que aquella luz de alguna manera nos ponía en evidencia. Además, la caja de Mohamed no era algo que pudiera catalogarse de discreta. Hasta ese momento yo me había negado a abrir el paquete a pesar de la insistencia de Marcelo. Mi temor era que a Marcelo le diera por otra de sus soluciones “bíblicas” y nos convirtiera a todos en versiones facsimilares del *paciente inglés*. Entre el sinfín de soluciones que propuso, destacaban las que llevaban una fuerte carga de gentilicio nacional: “lo abrimos y dependiendo de lo que haya, vamos viendo”, o “tenemos que salir del paquete”, decía con alarde metafórico.

Desgraciadamente era ese “dependiendo de lo que haya” lo me ponía nervioso. El trasnocho ya me estaba pegando y no me encontraba en condiciones de tomar una decisión sensata. Le dije que dejáramos ese asunto para más tarde y que nos concentráramos en salir de Florida primero, que ya era bastante. “Pero y si lo abrimos rapidito...”, fue lo último que le escuché antes de dejarlo hablando solo.

Lo que contuviera aquel paquete podía: o ser un bono extra o una desgracia, según como estaban las cosas. Para mí, en cambio, sólo era un lastre peligroso del que había que deshacerse con mucho cuidado. Ya con los cuarenta mil dólares que tenía en remajo dentro de los calzoncillos me era más que suficiente. Puede que no fuera una fortuna, pero a mí me bastaban. Lo que sí tenía por seguro era que Marcelo no se conformaría hasta obtener lo que él se imaginaba como el *jackpot* de todo esto. Por eso pensé en enterrar el paquete en algún lugar desértico cuando estuviéramos en McAlister y esperar “a ver qué pasaba”. Pero eso también me pareció inútil: yo por un lado lo enterraría y Marcelo volvería con una pala al día siguiente a desenterrarlo. Tenía que idearme algo más elaborado, más *fino* para despistarlo. El único problema es que no se me ocurría nada.

Por el momento mi principal preocupación era montarme en un autobús y llegar a Texas. Dejé a Marcelo sentado en un banco y me fui a comprar los boletos. Cuando estaba frente a la taquilla caí en cuenta de la imprudencia que acababa de cometer. Ahora lamento no tanto el *lapsus* de haber dejado el paquete con Marcelo sino todo lo que permití que ocurriera después.

Las cosas pasaron más o menos así: cuando regresé, lo encontré sentado en el mismo banco donde lo había dejado esperándome. Obviamente el paquete no estaba. Antes de que yo dijera una palabra, abrió la palma de la mano donde relucían dos llaves cromadas. Tomó una y me la

entregó. Me explicó que “enfriaríamos” el paquete en un casillero de la estación mientras decidíamos qué hacer. En ese momento debí reaccionar enérgicamente, pero *su* idea me pareció tan profesional que no logré advertir el trasfondo de todo aquello. Si algo no se le podía reprochar a Marcelo era no ser congruente consigo mismo. Lo era hasta en su cultura cinematográfica: no existe película de estafa que se respete donde no aparezca el viejo truco del casillero. ¡Cómo pude haber caído! Lo que más rabia me dio fue que no se me ocurriera a mí primero.

Fuimos al bar de la estación a “celebrar” nuestra buena suerte. El bar se llamaba Matchstick Men, cosa que me dio mala vibra. Ese fue otro de mis errores. Aunque en este punto debo añadir que yo tuve algo de responsabilidad en que a Marcelo se le facilitaran aún más las cosas. En otras palabras: no debí beber como lo hice. Fue una mezcla de estrés con estupidez, más no puedo decir. El autobús salía a las cuatro de la tarde y teníamos muchas horas muertas por delante. Marcelo pidió un servicio de Whisky como si estuviéramos en una discoteca y nos esperara una noche muy animada. El único detalle es que eran las nueve de la mañana. Adentro, la penumbra del sitio apenas era rota por los reflejos de los monitores de televisión diseminados por todas partes. Me pareció un abuso que en cada mesa también hubiera una pequeña pantalla. Quise comentar esa aberración con Marcelo, pero estaba claro que el hombre andaba en otra cosa. Se puso a hablar de “inversiones” mientras veía un documental sobre extraterrestres.

Al quinto trago, ya me había hecho socio de un criadero de camarones en Güiria, ¿o era en Paria? Hablamos de posadas ecológicas, un night club en Margarita, una línea de taxis. Si no me hubiera quedado dormido, puede que hasta hubiésemos comprado a los Leones del Caracas.

Cuando desperté, lo único que seguía *allí* era el monitor.

Decir que sentí un vacío en mi interior no tiene nada de poético o romántico, no al menos en el contexto en que lo digo: eso fue exactamente lo que sentí cuando instintivamente me palpé en la cintura. Miré el reloj y eran casi las doce del mediodía. Un simple cálculo me indicó que mi dinero ya debería andar por Nueva Orleans. A la vista estaba que Marcelo no tenía intenciones de compartir nada con nadie; ni siquiera la cuenta del bar que yacía sobre la mesa como testigo de mi ingenuidad.

Las cosas malas, cuando van a pasar, pasan todas juntas. Esto lo entendí cuando me fijé en el monitor de la mesa. El logo de CNN me advirtió que lo que estaba en pantalla no era una película del género de desastres. Era más bien la versión en video y con efectos especiales carísimos de la parte más loca que contenía la carpeta rosada. Fue entonces que vi la foto de Mohamed y el mundo se me vino encima.

En ese momento comencé a ver a agentes de la CIA por todas partes. Pensé que el barman de un momento a otro sacaría un fusil de asalto y realizaría un arresto histórico. Milagrosamente aún tenía en la cartera los ciento cincuenta dólares que me había dado el árabe por lo del paquete. Pagué la cuenta como si estuviera deshaciéndome de una evidencia sangrienta.

Cuando salí del bar no tenía la más mínima idea de lo que iba a hacer. Por no dejar, me revisé en los bolsillos en busca de la llave del casillero. Aunque más que la llave lo que buscaba era un milagro. Junto con la llave hallé una nota. Con ortografía atroz, Marcelo me daba las gracias por todo y me invitaba a revisar el casillero: “puede que haya un regalito”.

Pasé media hora probando la llave en el centenar de casilleros que había en la estación. Marcelo le había quitado la etiqueta con el número, supongo que para darle un toque burlón a mí desgracia. Sobre los humillantes mil dólares que me dejó de “regalo” dentro del casillero, hallé otra nota. En ésta me deseaba suerte y se despedía con una frase que revelaba su amplitud en

materia de cine: “Nos vemos en el infierno”, decía como un sargento suicida que se interna en un arrozal full de vietnamitas.

Lo que siguió a continuación fue el peor septiembre de mi vida.

El único lugar “seguro” que tenía para refugiarme era la casa de los mexicanos. Hasta allí me devolví en un taxi que me cobró tarifa de limusina. Los mexicanos aceptaron recibirme siempre y cuando les cancelara los tres meses que adeudaba “mi primo” por concepto de renta. En los días siguientes me enteraría de otros pasivos que mi familiar dejó sin honrar. Con justicia, los mexicanos habían bautizado a Marcelo con apodo de luchador de *Catch as catch can*. Nunca un sobrenombre estuvo mejor puesto. El “Huracán” Marcelo había dejado a su paso una profunda huella en los bolsillos de los *mexicans*. Ignoro cómo se las arregló para que lo nombraran tesorero de un pequeño fondo de emergencia que tenían en la casa. Tampoco cómo hizo para desfalcarlos sin que no lo lincharan en el acto. Eso sin tomar en cuenta algunas remesas que jamás llegaron a Monterrey y de las que Marcelo, casualmente, era responsable de depositar en Western Union. Me parece que hubo otros delitos menores, pequeñas pillerías que los mexicanos recordaban con más asombro que coraje, pero que en este momento sería ocioso relatar. Sin embargo, los mexicanos fueron justos conmigo: no me cargaron esas vagabunderías a mi cuenta e incluso hasta me ofrecieron empleo. Aunque más vale que no les hubiera aceptado el favor.

Llegaba todas las tardes arrastrándome luego de las jornadas de catorce horas diarias que hacía en promedio. Los mexicanos tenían una cuadrilla de demolición, cosa que en mi caso era un chiste cruel. Pero peor que eso eran las dosis de paranoia que los noticieros se encargaban de inyectarme cada noche. Un día decidí dejar de ver televisión y el problema fue amainando. También tenía que dejar de trabajar o de lo contrario iba a morir.

Fue entonces que el gobierno norteamericano tomó cartas en el asunto: me deportaron.

En realidad nos deportaron a todos, aunque en el caso de los mexicanos eso también era un chiste. La migra andaba haciendo redadas de rutina cuando nos pescaron mientras echábamos abajo un centro comercial. Lo demás fue más o menos como aparece en las pesadillas recurrentes de los ilegales. Tres semanas con una braga anaranjada puesta, calabozos blancos, fotos, reseñas. El paseillo final a la vista de todo el mundo en la aduana del aeropuerto.

A los dos meses ya me había olvidado casi del asunto. Sólo algo seguía martillándome en algún lugar del cerebro. Más que la suerte de Marcelo, lo que me intrigaba era la suerte de mi dinero. Particularmente qué uso le había dado al mismo. Pero con el tiempo eso también se fue diluyendo hasta quedar en una anécdota borrosa que mis amigos se aburrían de escuchar.

Un domingo una amiga me invitó a un restaurante de carnes. Uno de esos sitios con churuatas art decó y mesoneros fastidiosos. Mi primera pista la hallé en la entrada del local: *McAlister Grill*, se anunciaba en el lomo de un toro cebú. Quise creer que se trataba de una casualidad, pero al abrir la carta me encontré con una de esas fotos de mal gusto donde el dueño da la bienvenida en compañía de su atento personal. Marcelo había llegado al colmo de bautizar una sangría con el nombre de “Marcelitro”.

Me paré y fui al baño. Al lado de la cocina había una puerta de caoba con un rótulo que decía *oficina*. Recordé una frase de Marcelo: “Carne en el gancho”. No pude evitar sonreír. Entonces entré.